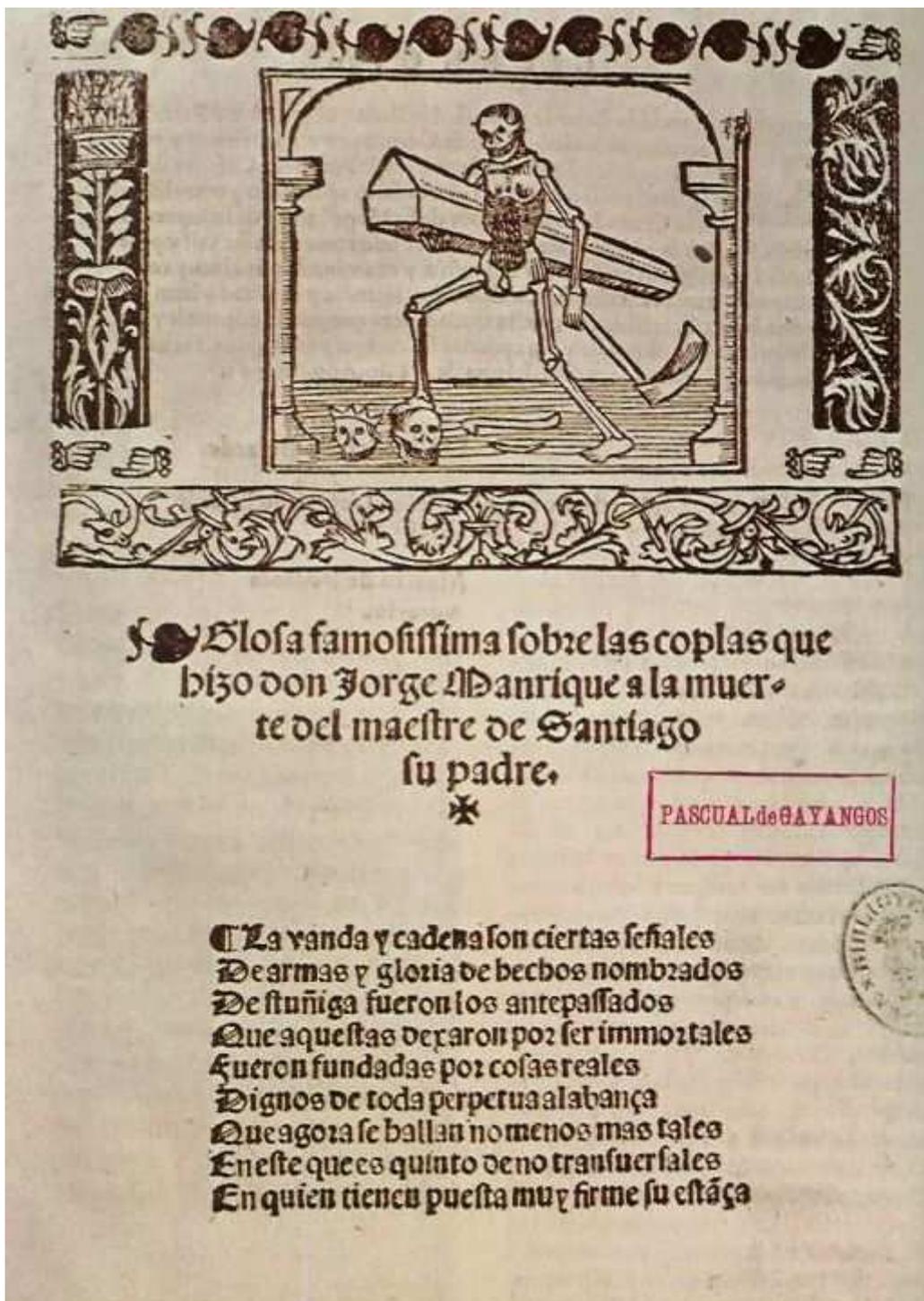


Obra completa

Jorge Manrique (1440-1479)

[edición, prólogo y vocabulario de Augusto Cortina]





[Reproducción de la primera página de la Coplas de Jorge Manrique. Biblioteca Nacional de Madrid]

Índice

Obra completa

Jorge Manrique y el despuntar renacentista

Obras amatorias

- De Don Jorge Manrique quejándose del Dios de amor y como razonan el uno con el otro
- A la fortuna
- Porque estando él durmiendo le besó su amiga
- Diciendo qué cosa es amor
- De la profesión que hizo en la Orden del Amor
- Castillo de amor
- Escala de amor
- Con el gran mal que me sobra...
- En una llaga mortal...
- Acordaos, por Dios, señora...
- Ved que congoja la mía...
- Ni vivir quiere que viva...
- Los fuegos que en mí encendieron...
- Estando ausente de su amiga a un mensajero que allá enviaba
- Memorial que hizo a su corazón, que parte al desconocimiento de su amiga donde él tiene todos sus sentidos
- Otras suyas en que pone el nombre de una dama; y comienza y acaba en las letras primeras de todas las coplas [y versos], y dice:
- Otra obra suya en que puso el nombre de su esposa, y asimismo nombrados los linajes de los cuatro costados de ella, que son: Castañeda, Ayala, Silva, Meneses
- Canción

Quien no estuviere en presencia

- Canción

No sé por qué me fatigo

- Canción

Quien tanto veros desea

- Canción

Es una muerte escondida

- Canción

Por vuestro gran merecer

- Canción
Con dolorido cuidado
- Canción
Cuanto más pienso serviros
- Canción
Justa fue mi perdición
- Canción
Cada vez que mi memoria
- Canción
No tardes, Muerte, que muero
- Esparza
Hallo que ningún poder
- Esparza
Yo callé males sufriendo
- Esparza
Pensando, señora, en vos
- Esparza
Callé por mucho temor
- Esparza
Qué amador tan desdichado
- Esparza
Mi temor ha sido tal
- Esparza
Es mi pena desear
- Mote

Don Jorge Manrique sacó por cimera una noria con sus arcaduces llenos y dijo:

- Glosa

A su mote que dice: «ni miento ni me arrepiento»

- Glosa

«Siempre amar y amor seguir»

- Glosa

«Sin Dios y sin vos y mí»

- Pregunta

(A Juan Álvarez Gato)

- Pregunta

Entre dos fuegos lanzado

- Pregunta

Entre bien y mal doblado

- Pregunta

(A Guevara)

- Respuesta

(A Guevara)

- Respuesta

(A Gómez Manrique)

Obras burlescas

- A una prima suya que le estorbaba unos amores
- Coplas a una beoda que tenía empeñado un brial en la taberna
- Un convite que hizo a su madrastra [doña Elvira de Castañeda]

Obras doctrinales

- Coplas por la muerte de su padre

Recuerde el alma dormida
Pues si vemos lo presente
Nuestras vidas son los ríos
Dejo las invocaciones
Este mundo es el camino
Este mundo bueno fue
Ved de cuán poco valor
Decidme: La hermosura
Pues la sangre de los godos
Los estados y riqueza
Pero digo que acompañen
Los placeres y dulzores
Si fuese en nuestro poder
Esos reyes poderosos
Dejemos a los troyanos
¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Qué se hicieron las damas
Pues el otro, su heredero
Las dádivas desmedidas
Pues su hermano el inocente
Pues aquel gran Condestable
Y los otros dos hermanos
Tantos duques excelentes
Las huestes innumerables
Aquel de buenos abrigo

Amigos de sus amigos
En ventura Octaviano
Antonio Pío en clemencia
No dejó grandes tesoros
Pues por su honra y estado
Estas sus viejas historias
Y sus villas y sus tierras
Después de puesta la vida
diciendo: -«Buen caballero
No se os haga tan amarga
El vivir que es perdurable
Y pues vos, claro varón
[responde el Maestro]
No tengamos tiempo ya
[Oración]
Tú, que, por nuestra maldad
Fin
Así, con tal entender

- ¡Oh, mundo! Pues que nos matas...

Vocabulario

Jorge Manrique y el despuntar renacentista

1

El maestro de Santiago

Las *Coplas* de Manrique poseen los rasgos de una elegía heroica, y como elegía heroica podemos clasificarla o mejor aún, como oda renacentista. (Anna Krause, *Jorge Manrique and the cult of death in the cuatrocientos*, California, 1937).

Evoquemos, ante todo, al venerado padre que inspiró la magnífica obra. Don Rodrigo Manrique, conde de Paredes de Nava, empleó su vida larga y austera en el viril ejercicio de las armas.

Contaba doce años de edad cuando ingresó en la Orden de caballería de Santiago. En ella permaneció cincuenta y ocho, hasta morir.

Luchó contra don Juan II, don Álvaro de Luna y don Enrique IV, defendiendo la parcialidad de los Infantes de Aragón y la enseña gloriosa de los Reyes Católicos.

Son hechos memorables, entre otros suyos, la toma de las villas de Huéscar y Jimena, marquesado de Villena y ciudad de Alcaraz, anexados por él a la Corona, y las villas de Ocaña y Uclés, tomadas para la Orden de Santiago.

Cincuenta fueron los combates en que, con suerte diversa, intervino. En veinticuatro batallas venció a moros y cristianos, mereciendo los mote de *Segundo Cid* y *Vigilantísimo*.

Con su espada conquistó rentas y vasallos, como dicen las *Coplas*. Y así, entre triunfos y reveses, pasó su áspera existencia.

Erraría, sin embargo, quien viese tan sólo en él un férreo banderizo, extraño a la emotividad, a la delicadeza.

Sensible al amor, casó tres veces: primero con doña Mencía de Figueroa (que fue madre de don Jorge), después con doña Beatriz de Guzmán y, finalmente, con doña Elvira de Castañeda.

En la *Crónica de Enrique IV* dice don Alonso de Palencia, refiriéndose a estas últimas nupcias, que don Rodrigo las contrajo «ya anciano, pero con vigor y robustez juveniles».

Muerto don Rodrigo, doña Elvira le sobrevivió más de treinta y cuatro años, y sostuvo pleito -por razones pecuniarias- con el primogénito del Maestro.

Esta es la madrastra a quien don Jorge enderezó su *Convite* burlesco.

Era el Maestre trovador cortesano. Consérvanse cuatro canciones, dos villancicos y un romance suyos. A la que sería su segunda mujer, o a la última dedicó la cancioncilla que comienza:

Grandes albricias te pido;
no las niegues, corazón,
q'eres al lugar venido
do lo ganado y perdido
acaban nueva prisión.

Fue don Rodrigo, según lo describe don Fernán del Pulgar en los *Claros varones de Castilla*, «omne de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de los miembros; los cabellos tenia roxos e la nariz un poco larga».

Murió en la villa de Ocaña, provincia de Toledo, de una pústula cancerosa que le destruyó el rostro en pocos días.

Tenía setenta años de edad. Era el 11 de noviembre de 1476.

2

Aurora renacentista

Efímeros son, para Jorge Manrique, los triunfos, jerarquías, ejércitos, castillos y pendones; deleznable las cortesánías y deleites, la destreza juvenil, la frescura de la tez.

Toda mundanal grandeza no es sino llama que muere de un soplo.

El poeta repite, con Próspero de Aquitania, que si pudiésemos tornar bello el rostro como podemos embellecer el alma, ¡qué jubilosa laboriosidad pondríamos!

La idea de que la vida es fugaz, debe de ser tan vieja como la muerte. Pero la Edad Media repite, cual ninguna otra, con apasionado fervor, la imagen del cuerpo que se corrompe, del señorío que se abate, de la belleza que se desvanece.

Esta certidumbre de la macabra descomposición se infiltra en el espíritu medieval como una embriaguez contagiosa.

Durante los siglos XIV y XV, parece llenarlo todo. Pero el furor necrófilo, como nota Menéndez Pelayo en su *Historia de la poesía castellana*, se desencadenó mucho más en Alemania y en la Francia nórdica que bajo los cielos claros de las penínsulas italiana y española.

Predicadores, mimos, pintores, grabadores, clérigos, poetas recuerdan de continuo que el cuerpo escultural oculta vísceras y humores, que la humana arcilla se transforma en gusanos y polvo, que la Igualadora implacable señora a los hombres. De tal pensamiento, rudamente igualitario, nace la sarcástica *Danza de la Muerte*, llamada también *Danza General* y *Danza Macabra*.

Hay democrática y chocarrera satisfacción en el aserto de tal obra, poderosos y humildes *danzarán* cuando la Muerte lo mande.

¿Puede suponerse algo más siniestro que hacer bailar a un moribundo?

La exageración pavorosa del luto, característica de la Edad Media, ha ido decreciendo hasta obtener las discretas proporciones que alcanza en nuestros días. Pero en la oda de Jorge Manrique, influida de las soberbias afirmaciones humanas del Renacimiento, se dignifica el tránsito, entra el héroe en la inmortalidad sin renegar de las seculares y pretéritas hazañas.

Manrique no vilipendia los atractivos del mundo ni las cualidades humanas. Elogia la discreción, la gracia, la razón, la bravura; evoca la suntuosidad de la corte, las trovas y músicas, a las damas, sus vestidos, sus olores.

La muerte no resulta, en la oda, repulsiva. El Maestro, terminada su vida temporal (que es la -15- primera), perdura en el recuerdo de los suyos con otra vida más larga, de gloria, de honor (que es la segunda). Muere «con voluntad placentera, clara, pura». Entra, pues, en la inmortalidad, para el goce de la «vida tercera», infinita.

El epitafio puesto en la tumba de don Rodrigo Manrique sintetiza el concepto:

Aquí yace muerto el hombre
Que vivo queda su nombre.

3

Actitud interrogativa

El evocar glorias caducas por medio de interrogaciones es procedimiento muy antiguo. Menéndez Pelayo, en su obra citada, y también Huizinga, en *El Otoño de la Edad Media*, señalan abundantes ejemplos.

Usase en la profecía de Baruc, hacia el año 599 antes de Cristo. Diez centurias más tarde, en el siglo V de nuestra era, reaparece aún en Tiro Próspero.

Pero la moda, la verdadera predilección por esta fórmula, es absolutamente medieval.

¿Qué ha sido de monarcas y vasallos, héroes, amadores y beldades? *Ubi sunt?* ¡Cómo ha resonado esta pregunta desoladora en la Edad Media!

Mucho antes que en Manrique y sus predecesores castellanos aparecen abundantes modelos en la poesía latinocristiana.

Entre los poemas que proporcionan modelo más -16- antiguo se halla el titulado *De contemptu mundi*, compuesto cuando mediaba el siglo XII por el monje cluniacense Bernardo de Morlay.

«¿Dónde está -pregunta este último- la gloria de Babilonia?» «¿Dónde el temible Nabucodonosor y la fuerza de Darío...?» «¿Dónde Mario y Fabricio... dónde Rómulo y Remo...?»

En el siglo XIII, Jacopone da Todi, *Joculator Domini*, también inquiriere dónde se hallan el glorioso Salomón, el invencible Sansón, el bello Absalón, el amable Jonatán, el poderoso César.

Abulbea, poeta árabe del siglo XIII, repite el movimiento interrogativo en la casida en que deplora la pérdida de Córdoba, Sevilla, Valencia y Murcia, conquistadas por Fernando III y Jaime I.

En la poesía española del siglo XIV, el canciller Pero López de Ayala utiliza el conocido procedimiento. En la del siglo XV, Ferrand Sánchez de Calavera¹, Fray Migir, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique.

También había inquirido Petrarca el paradero de riquezas, honores, gemas, cetros, coronas y mitras. Pero el Petrarca sabe que *un bel morir tutta la vitta honora*.

François Villon, con la melancolía de su *Ballade des dames du temps jadis*, matiza el tema en Francia; el original y rudo Skelton, en Inglaterra, usa el mismo procedimiento en una poesía sobre Eduardo IV... La enumeración puede ser mucho más extensa. El vanidoso y agresivo lord Byron interroga, de igual modo, en el *Don Juan*.

4

Espíritu de Jorge Manrique

Jorge Manrique nació, probablemente, en Paredes de Nava, hacia 1440. Se tienen noticias de su vida sólo desde el año 1470 (cuando venció a Juan de Valenzuela en Ajofrín, cerca de Toledo), hasta que murió en un combate sostenido contra el marqués de Villena (don Diego López Pacheco) en 1479, frente al castillo de Garci Muñoz.

Así, pues, entre 1476 -año en que murió el Maestre- y 1479 -fecha del fallecimiento de don Jorge- fueron compuestas las *Coplas* inmortales, que son una de las postreras si no la última producción del autor.

¿Cuáles eran las ideas, cuáles los sentimientos de Jorge Manrique?

¿Cómo era el ambiente donde se acendró su alma?

Testigo de tres reinados, comprobó en las vidas más altas la vanidad de las grandezas.

El Poeta niño pudo contemplar, desde lejos, la puesta de sol en la fastuosa corte de don Juan II.

Mucho después evocaría, nostálgico, aquellos aparatosos torneos, acordadas músicas, trovas, danzas y galanterías palacianas.

Muerto Juan II, don Jorge vio debatirse durante veinte años a Enrique IV. En el reinado de este último transcurrió casi toda la juventud del poeta.

Las *Coplas del Provincial* y las *Coplas de Mingo* -18- *Revulgo* reflejan el oprobio que mancilló a don Enrique.

En 1465, un puñado de grandes, entre los que se contaban los Manriques, depusieron una imagen del rey. Construido un cadalso en que se alzaba un trono, asentaron allí el regio simulacro y leyéronle las representaciones que tan inútilmente habían dirigido al monarca. Luego le arrancaron la corona el cetro, la espada; y lo derribaron con los pies, mientras clamoreaba la jubilosa multitud.

El infante Alonso, de once años de edad, «su hermano el inocente, que sucesor le hicieron», ascendió allí mismo al solio y los rebeldes lo proclamaron rey.

Alonso de Palencia, en la *Crónica de Enrique IV*, describe con apasionado rencor a este monarca. El caricaturesco retrato palpita vitalmente.

Don Jorge pudo admirar, al fin, a los Reyes Católicos, que iniciaban su era fecundísima.

Hombre de su tiempo, no canta la naturaleza. Sabido es que para expresar la delectación estética inspirada por el paisaje, hay que aguardar hasta Rousseau.

El anónimo juglar de *Mio Cid* apuntaba escuetas observaciones topográficas. Berceo, en la *Introducción a los Milagros de Nuestra Señora*, había bosquejado un huerto, aunque sólo se trata de una alegoría. Manrique siente la naturaleza menos aún que aquellos viejos versistas. El paisaje no existe para él.

Este poeta es, sin embargo, más que nada, visual: sensible al color y, sobre todo, a la luz. En sus poesías menciona el blanco, el verde y el pardo. Prefiere, a los vagos fulgores, la claridad intensa.

Ni cielo ni tierra ni mar tienen para él valor pictórico. Cuando describe (lo hace sólo una vez en el *Castillo de Amor*) es para materializar alegóricamente sus afectos.

Estima que el amor es despiadado y lamentable como la guerra. En sus versos galantes abundan los gemidos y las expresiones marciales.

Pero, a pesar de su reciedumbre, conoce la delicadeza y ama la vida. Porque estando él durmiendo le besó su amiga, dice donosamente:

Quien durmiendo tanto gana,
nunca debe despertar.

Este poeta escribía versos de amor: casi todo su cancionero es erótico.

Este hombre fue ardido guerrillero: la muerte lo sorprendió en una batalla.

Floreció su afecto, muchas veces, en versos cortesanos, artificiosos, frívolos.

Sus alegrías y rencores le sugirieron, alguna vez, bastos versos de burlas.

Este espíritu, consagrado al amor y a la guerra, se magnificó al contacto de la muerte.

En su infancia, Manrique había perdido a su madre. Más tarde, a su primera madrastra. Tendría unos doce años cuando don Juan II hacía descabezar a don Álvaro de Luna en un cadalso de Valladolid. (Fue aquel prepotente Condestable uno de los grandes adversarios de la familia Manrique).

Un lustro más tarde, moría el Marqués de Santillana, tío del Conde de Paredes; luego este último.

5

El momento de las «Coplas»

Jorge Manrique ha formado su hogar. Su esposa, doña Guiomar de Castañeda, es hermana de la segunda madrastra del poeta. Este, próximo a su mujer y a los dos hijos de ambos, Luis y Luisa, escribe la austera meditación, mojada en lágrimas.

Don Jorge conoce las tremendas palabras del *Génesis*, «Polvo eres y en polvo te convertirás».

El profeta Isaías le ha dicho: «No os acordéis de las cosas pasadas, y no miréis a las antiguas».

Y el rey Salomón, desengañado: «No hay memoria de las primeras cosas, ni habrá tampoco recordación de las que sucederán después, entre aquellos que han de ser en lo postrero».

Sabe, con Boecio, que «las deleznable riquezas no acompañan al difunto» y muchos escritores le han recordado hasta la saciedad que la Fortuna torna, de continuo, su rueda voluble.

Jorge Manrique ha sintonizado los efluvios de la multitud innominada, disuelta en los deshielos de la muerte. Sus *Coplas* son caudal rumoroso que baja desde cumbres altísimas.

¿Por qué, pasados unos cinco siglos, todavía nos interesa y nos conmueve?

Nos emociona porque dice verdades eternas con palabras sencillas.

¿Qué conceptos expresa?

No afirma, tan sólo comprueba, que -«a nuestro parecer»- fue mejor lo pasado.

Nuestras vidas, fugacidad de instantes, fluyen como ríos, corren hacia la muerte, receptáculo eterno que es insaciable como el mar.

También, después del poeta, lo dijo Fernando de Rojas en *La Celestina*: «Corren los días como agua del río».

La vida se desvanece como sueño. Paramentos y galas marchítanse como el verdor de las eras, evaporánse como rocío de los prados.

El culto y elegante Marqués de Santillana y aquel otro gran señor belicoso que fue Gómez Manrique, habían versificado conceptos semejantes.

Esta idea de la vanidad de los atractivos temporales, que se venía repitiendo secularmente, ha logrado el doloroso y universal triunfo de convertirse en lugar común. Mas para que una expresión se haga lugar común, debe tener méritos extraordinarios.

¿Qué más dice el poeta?

Este mundo no es posada, sino camino. Placeres y dulzuras son corredores (batidores) con que ilusoriamente pretendemos explorar y conquistar la vida. Cuando advertimos el error, es tarde: caemos en la celada de la muerte.

Y la muerte se acerca en silencio. Si llama a nuestra puerta, todo es en vano.

La devastadora implacable sabe igualar a papas, reyes y arzobispos con humildes pastores.

Mete la carne mortal en la fragua donde arde fuego eterno y purificador. O esgrime, iracunda, el arco tenso y «todo lo pasa de claro con su flecha».

Esta imagen de la muerte sagitaria lucía desde mucho antes en la anónima *Danza general*.

Pues no hay tan fuerte nin recio gigante
que deste mi arco se pueda amparar,
conviene que mueras, cuando lo tirar,
con esta mi flecha, cruel, traspasante.

El esquelético personaje solía ser representado con una guadaña en la diestra, o bien con saeta y arco. Iba en un carro tirado por bueyes o a horcadas sobre un buey o vaca. Otras veces, caballero siniestro, marchaba sobre innumerables cuerpos yacentes, hollándolos con los cascos del corcel.

Después de fecundas consideraciones filosóficas, Jorge Manrique fija su pensamiento en algunos hechos históricos. Pero ni griegos ni romanos -tan remotos- le conmueven. Desdeña también las usuales invocaciones de poetas y oradores famosos. Desconfiando de ocultas ponzoñas, encomiándose sólo al Salvador del Mundo. No desea, tampoco, seguir repitiendo -cual otros- los nombres de personales que fueron cumbres o altiplanos de la gentilidad.

Prefiere aproximarse a sus coetáneos entrar de lleno en la vida tumultuosa que él y sus familiares han vivido.

La moda despótica le dicta, sin embargo, casi en seguida, un catálogo de celebridades compuesto de quince nombres. Esta pesada nómina, que hoy nos resulta de erudición impertinente, obedece a un canon establecido, según indica *Curtius* (*Zeitschrift für Romanische Philologie*, abril, 1932). Manrique quiso vincular la cultura hispánica con la de la Roma cesárea, como había hecho Alfonso el Sabio en su *Crónica general*. El Poeta reconoce al Maestre las virtudes atribuidas por tradición a excelentes emperadores romanos.

Nada quedaba de la pomposa corte de don Juan II, del avasallante poderío del condestable don Álvaro, de los Infantes de Aragón, inmortalizados por las *Coplas* como los infantes carrionenses por el *Cantar de Mio Cid*. La influencia de los Maestres de Santiago y Calatrava, «hermanos tan prosperados como reyes», se había desvanecido: habían pasado el rey don Enrique, sensual y taciturno: el infante don Alfonso; don Rodrigo, Conde de Paredes.

En este personaje, objeto de la oda, termina el poeta la enumeración. Obedece, pues, a un plan claramente trazado. No advirtiéndolo, algunos comentaristas se han

sorprendido de que el Maestre ocupe el último espacio en esta lamentación final. Otros hasta pensaron que nada se hubiese perdido suprimiendo las estrofas correspondientes.

¿Qué se hizo tanta grandeza? ¿Qué fue de la ambición, júbilo y poderío? ¿Qué de tantos odios y luchas?

Se deshizo el hogar de los Manriques, pasaron el amor y el odio, las galanterías y las burlas: las banderas rebeldes cayeron a lo largo de los mástiles como esperanzas frustradas; el tiempo desmoronó torres, allanó muros y hasta borró el rastro de las tumbas en que Maestre y Poeta reposaban. Pero de aquel siglo XV, desvanecido en polvo, surge, como de un vaso telúrico, la llama serena de la elegía inmortal.

Augusto Cortina

Obras amatorias

De Don Jorge Manrique quejándose del Dios de amor y como razonan el uno con el otro2

I

¡Oh, muy alto Dios de amor
por quien mi vida se guía!
¿Cómo sufres tú, señor,
siendo justo juzgador,
en tu ley tal herejía?

¿Que se pierda el que sirvió,
que se olvide lo servido,
que viva quien engañó,
que muera quien bien amó,
que valga el amor fingido?

II

Pues que tales sinrazones
consientes pasar así,
suplícote que perdones
mi lengua, si con pasiones
dijere males de ti.

Que no soy yo el que lo digo,
sino tú, que me hiciste
las obras como enemigo:
teniéndote por amigo
me trocaste y me vendiste.

III

Si eres Dios de verdad,
¿por qué consientes mentiras?
Si tienen en ti bondad,
¿por qué sufres tal maldad?
¿O qué aprovechan tus iras,
tus sañas tan espantosas
con que castigas y hieres?
Tus fuerzas tan poderosas

-pues comportas tales cosas-
 dí, ¿para cuándo las quieres?

IV

RESPONDE EL DIOS AMOR

Amador: Sabe que Ausencia
 te acusó y te condenó,
 que si fuera en tu presencia,
 no se diera la sentencia
 injusta como se dio;
 ni pienses que me ha placido
 por haberte condenado,
 porque bien he conocido
 que perdí en lo perdido
 y pierdo en lo que he ganado.

V

REPLICA EL AQUEJADO

¡Qué inicio tan bien dado,
 qué justicia y qué dolor,
 condenar al apartado,
 nunca oído ni llamado
 él ni su procurador!
 Así que por disculparte,
 lo que pones por excusa,
 lo que dices por salvarte
 es para más condenarte
 porque ello mismo te acusa.

VI

RESPONDE EL DIOS DE AMOR

Amansa tu turbación,
 recoge tu seso un poco,
 no quieras dar ocasión

a tu gran alteración
 que te pueda tornar loco;
 que bien puedes apelar,
 que otro Dios hay sobre mí
 que te pueda remediar,
 y a mí también castigar
 si mala sentencia di.

VII

REPLICA EL AQUEJADO

Ese Dios alto sin cuento,
 bien sé yo que es el mayor;
 mas, con mi gran desatiento,
 le tengo muy descontento
 por servir a ti, traidor,
 que con tu ley halaguera
 me engañaste, y has traído
 a dejar la verdadera,
 y seguirte en la manera
 que sabes que te he seguido.

VIII

En ti solo tuve fe
 después que te conocí;
 pues ¿cómo pareceré
 ante el Dios a quien erré
 quejando del que serví?
 Que me dirá, con razón,
 que me valga cuyo so,
 y que pida el galardón
 a quien tuve el afición,
 que él nunca me conoció.

IX

Mas, pues no fue justamente
 esa tu sentencia dada
 contra mí, por ser ausente,
 ahora que estoy presente
 revócala, pues fue errada,

Y dame plazo y traslado
que diga de mi derecho;
y si no fuese culpado,
tú serás el condenado,
yo quedaré satisfecho.

X

RESPONDE EL DIOS DE AMOR

Aunque mucho te agraviaste,
no sería Dios constante
si mi sentencia mudaste,
por eso cumple que pase
como va, y vaya delante.

Y pues más no puede ser,
mira qué quieres en pago,
que cuanto pueda hacer,
haré por satisfacer
el agravio que te hago.

XI

REPLICA EL AQUEJADO

Ni por tu gran señorío
nunca tal conseguiré,
ni tienes tal poderío
para quitarme lo mío
sin razón y sin porqué.

Porque si bienes me diste,
sabes que los merecía;
mas el mal que me hiciste
sólo fue porque quisiste,
pero no por culpa mía.

XII

Que aunque seas poderoso,
haslo de ser en lo justo;
pero no voluntarioso,
criminoso y achacoso,

haciendo lo que es injusto.

Si guardares igualdad,
 todos te obedeceremos;
 si usares voluntad,
 no nos pidas lealtad
 porque no te la daremos.

XIII

RESPONDE EL DIOS DE AMOR

No te puedo ya sufrir
 porque mucho te me atreves;
 sabes que habré de reñir
 y aun podrá ser que herir,
 pues no guardas lo que debes.

Y pues eres mi vasallo,
 no te hagas mi señor,
 que no puedo comportallo;
 ni presumas porque callo
 que lo hago por temor.

XIV

REPLICA EL AQUEJADO

No cures de amenazarme
 ni estar mucho bravacando, (sic)
 que tú no puedes dañarme
 en nada más que en matarme,
 pues esto yo lo demando:

ni pienses que he de callar
 por esto que babeaste,
 ni me puedes amansar
 si no me tornas a dar
 lo mismo que me quitaste.

XV

RESPONDE EL DIOS DE AMOR

Pues sabes que no lo habrás
 de mí jamás en tu vida,
 veamos qué me darás,
 o qué cobro te harás
 sin mí para tu herida;
 y bien sé que has de venir,
 las rodillas por el suelo,
 a suplicarme y pedir
 que te quiera recibir
 y poner algún consuelo.

XVI

REPLICA EL AQUEJADO

Quiero moverte un partido,
 escúchame sin enojos:
 si me das lo que te pido,
 de rodillas y aun rendido
 te serviré, y aun de ojos;
 pero sin esto no entiendas
 que yo me contentaré,
 ni quiero sino contiendas:
 porque todo el mundo en prendas
 que me des, no tomaré.

XVII

RESPONDE EL DIOS DE AMOR
Y ACABA

Por tu buen conocimiento
 en te dar a quien te diste,
 por tu firme pensamiento,
 por las penas y tormento
 que por amores sufriste,
 te torno y te restituyo

en lo que tanto deseas,
y te doy todo lo tuyo,
y por bendición concluyo
que jamás en tal te veas.

A la fortuna

I

Fortuna, no me amenaces,
ni menos me muestres gesto
mucho duro,
que tus guerras y tus paces
conozco bien, y por esto
no me curo;
antes tomo más denuedo,
pues tanto almacén de males
has gastado,
aunque tú me pones miedo
diciendo que los mortales
has guardado.

II

Y ¿qué más puede pasar
dolor mortal ni pasión
de ningún arte,
que herir y atravesar
por medio mi corazón
de cada parte?
Pues una cosa diría,
y entiendo que la jurase
sin mentir:
-33-
que ningún golpe vendría
que por otro no acertase
a me herir.

III

¿Piensas tú que no soy muerto
por no ser todas de muerte
mis heridas?
Pues sabe que puede, cierto,

acabar lo menos fuerte
muchas vidas;
 mas está en mi fe mi vida,
y mi fe está en el vivir
de quien me pena;
así que de mi herida
yo nunca puedo morir
sino de ajena.

IV

 Y pues esto visto tienes,
que jamás podrás conmigo
por herirme,
torna ahora a darme bienes,
por que tengas por amigo
hombre tan firme;
 mas no es tal tu calidad
para que hagas mi ruego,
ni podrás,
que hay muy gran contrariedad
porque tú te mudas luego;
yo, jamás.

V

 Y pues ser buenos amigos
por tu mala condición
no podemos,
tornemos como enemigos
a esta nuestra cuestión,
y porfiemos;
 en la cual, si no me vences,
yo quedo por vencedor
conocido;
pues dígate que comiences
y no debo haber temor,
pues te convido.

VI

 Que ya las armas probé
para mejor defenderme
y más guardarme,
y la fe sola hallé
que de ti puede valerme
y defensarme;

mas esta sola sabrás
 que no sólo me es defensa,
 mas victoria:
 así que tú llevarás
 de este debate la ofensa;
 yo, la gloria

VII

De los daños que me has hecho
 tanto tiempo guerreando³
 contra mí,
 me queda sólo un provecho,
 porque soy más esforzado
 contra ti;
 y conozco bien tus mañas,
 y en pensando tú la cosa,
 ya la entiendo,
 y veo cómo me engañas;
 mas mi fe es tan porfiosa.
 que lo atiende.

VIII

Y entiendo bien tus maneras
 y tus halagos traidores,
 nunca buenos,
 que nunca son verdaderas
 y en este caso de amores,
 mucho menos;
 ni tampoco muy agudas
 ni de gran poder ni fuerza,
 pues sabemos
 que te vuelves y te mudas;
 mas Amor nos manda y fuerza
 que esperemos.

IX

Que tus engaños no engañan,
 sino al que amor desigual
 tiene y prende;
 que al mudable nunca dañan,
 porque toma el bien, y el mal
 no lo atiende.

Estos me vengan de ti:
 pero no es para alegrarme

tal venganza,
que pues tú heriste a mí,
yo tenía que vengarme
por mi lanza.

X

Mas venganza que no puede
-sin la firmeza quebrar-
ser tomada,
más contento soy que quede
mi herida sin vengar
que no vengada;
mas, con todo, he gran placer
porque tornan tus bonanzas
y no esperan,
ni duran en su querer
a que vuelvan tus mudanzas
y que mueran.

XI

CABO

Desde aquí te desafío
a fuego, sangre y a hierro,
en esta guerra;
pues en tus bienes no fío,
no quiero esperar más yerro
de quien yerra:
que quien tantas veces miente,
aunque ya diga verdad,
no es de creer;
pues airado ni placiente,
tu gesto mi voluntad
no quiere ver.

Porque estando él durmiendo le besó su amiga

I

Vos cometisteis traición,
pues me heristeis, durmiendo,
de una herida que entiendo
que será mayor pasión
 el deseo de otra tal
herida como me disteis,
que no la llaga mi mal
ni daño que me hicisteis.

II

Perdono la muerte mía;
mas con tales condiciones,
que de tales traiciones,
cometáis mil cada día;
 pero todas contra mí,
porque, de aquesta manera,
no me place que otro muera
pues que yo lo merecí.

III

CABO

Más placer es que pesar
herida que otro mal sana
quien durmiendo tanto gana,
nunca debe despertar.

Diciendo qué cosa es amor

I

Es amor fuerza tan fuerte
que fuerza toda razón;
una fuerza de tal suerte,
que todo seso convierte
en su fuerza y afición;
una porfía forzosa
que no se puede vencer,
cuya fuerza porfiosa
hacemos más poderosa
queriéndonos defender.

II

Es placer en que hay dolores.
dolor en que hay alegría,
un pesar en que hay dulzores,
un esfuerzo en que hay temores,
temor en que hay osadía;
un placer en que hay enojos,
una gloria en que hay pasión,
una fe en que hay antojos,
fuerza que hacen los ojos
al seso y al corazón.

III

Es una cautividad
sin parecer las prisiones,
un robo de libertad,
un forzar de voluntad
donde no valen razones;
una sospecha celosa
causada por el querer,
una rabia deseosa
que no sabe qué es la cosa
que desea tanto ver.

IV

Es un modo de locura
 con las mudanzas que hace
 una vez pone tristura,
 otra vez causa holgura
 como lo quiere y le place;
 un deseo que al ausente
 trabaja pena y fatiga;
 un recelo que al presente
 hace callar lo que siente,
 temiendo pena que diga.

V

FIN

Todas estas propiedades
 tiene el verdadero amor;
 el falso, mil falsedades,
 mil mentiras, mil maldades,
 como fingido traidor;
 el toque para tocar
 cuál amor es bien forjado,
 es sufrir el desarmar,
 que no puede comportar
 el falso sobredorado.

De la profesión que hizo en la Orden del Amor

I

Porque el tiempo es ya pasado
 y el año todo cumplido,
 después acá que hube entrado
 en Orden de enamorado
 y el hábito recibido,
 porque en esta religión
 entiendo siempre durar,
 quiero hacer profesión
 jurando de corazón
 de nunca la quebrantar.

II

Prometo de mantener
 continuamente pobreza
 de alegría y de placer;
 pero no de bien querer
 ni de males ni tristeza,
 que la regla no lo manda
 ni la razón no lo quiere,

 que quien en tal Orden anda,
 se alegre mientras viviere.

III

Prometo más: obediencia
 que nunca será quebrada
 en presencia ni en ausencia,
 por la muy gran bienquerencia
 que con vos tengo cobrada;
 y cualquier ordenamiento
 que regla de amor mandare,
 aunque traiga gran tormento,
 me place y soy muy contento
 de guardar mientras durare.

IV

En lugar de castidad,
 prometo de ser constante;
 prometo de voluntad
 de guardar toda verdad
 que ha de guardar el amante;
 prometo de ser sujeto
 al Amor y a su servicio;
 prometo de ser secreto.
 y esto todo que prometo,
 guardarlo será mi oficio.

V

Fin será de mi vivir
 esta regla por mí dicha,
 y enténdola así sufrir,
 que espero en ella morir

-44-

si no lo estorba desdicha;
 mas no lo podrá estorbar
 porque no tendrá poder,
 porque poder ni mandar
 no puede tanto sobrar
 que iguale con mi querer.

VI

Si en esta regla estuviere
 con justa y buena intención,
 y en ella permaneciere,
 quiero saber, si muriere,
 qué será mi galardón;
 aunque a vos sola lo dejo,
 que fuisteis causa que entrase
 en orden que así me alejo
 de placer, y no me quejo
 porque de ello no os pesase.

VII

FIN

Si mi servir de sus penas
 algún galardón espera,
 venga ahora por estrenas
 -pues mis cuitas son ya llenas-
 antes que del todo muera;
 y vos recibid por ellas
 -buena o mala- esta historia,
 porque viendo mis querellas,
 pues que sois la causa de ellas,
 me dedes alguna gloria.

Castillo de amor

I

Hame tan bien defendido,
señora, vuestra memoria
de mudanza,
que jamás, nunca, ha podido
alcanzar de mi victoria
olvidanza:

 porque estáis apoderada
vos de toda mi firmeza
en tal son,
que no puede ser tomada
a fuerza mi fortaleza
ni a traición.

II

La fortaleza nombrada
está en los altos alcores
de una cuesta,
sobre una peña tajada,
maciza toda de amores,
muy bien puesta:

 y tiene dos baluartes
hacia el cabo que ha sentido
el olvidar,
y cerca a las otras partes,
un río mucho crecido,
que es membrar.

III

El muro tiene de amor,
las almenas de lealtad,
la barrera
cual nunca tuvo amador,
ni menos la voluntad
de tal manera;

 la puerta de un tal deseo,
que aunque esté del todo entrada
y encendida,
si presupongo que os veo,
luego la tengo cobrada
y socorrida.

IV

Las cavas están cavadas
 en medio de un corazón
 muy leal,
 y después todas chapadas
 de servicios y afición
 muy desigual;
 de una fe firme la puente
 levadiza, con cadena
 de razón,
 razón que nunca consiente
 pasar hermosura ajena
 ni afición.

V

Las ventanas son muy bellas,
 y son de la condición
 que dirá aquí:
 que no pueda mirar de ellas
 sin ver a vos en visión
 delante mí;
 mas no visión que me espante,
 pero póneme tal miedo,
 que no oso
 deciros nada delante,
 pensando ser tal denuedo
 peligroso.

VI

Mi pensamiento -que está
 en una torre muy alta,
 que es verdad-
 sed cierta que no hará,
 señora, ninguna falta
 ni fealdad;
 que ninguna hermosura
 ni buen gesto,
 no puede tener en nada
 pensando en vuestra figura
 que siempre tiene pensada
 para esto.

VII

Otra torre, que es ventura,
está del todo caída
a todas partes,
porque vuestra hermosura
la ha muy recio combatida
con mil artes,
con jamás no querer bien,
antes matar y herir
y desamar
un tal servidor, a quien
siempre debiera guarir
y defender.

VIII

Tiene muchas provisiones
que son cuidados y males
y dolores,
angustias, fuertes pasiones,
y penas muy desiguales
y temores,
que no pueden fallecer
aunque estuviese cercado
dos mil años,
ni menos entrar placer
a do hay tanto cuidado
y tantos daños.

IX

En la torre de homenaje
está puesto toda hora
un estandarte,
que muestra por vasallaje
el nombre de su señora
a cada parte;
que comienza como más
el nombre y como valer
el apellido,
a la cual nunca jamás
yo podré desconocer
aunque perdido.

X

FIN

A tal postura os salgo
 con muy firme juramento
 y fuerte jura,
 como vasallo hidalgo
 que por pesar ni tormento
 ni tristura,
 a otro no lo entregar
 aunque la muerte esperase
 por vivir,
 ni aunque lo venga a cercar
 el Dios de amor, y llegase
 a lo pedir.

Escala de amor

I

Estando triste, seguro,
 mi voluntad reposaba,
 cuando escalaron el muro
 do mi libertad estaba.

A escala vista subieron
 vuestra beldad y mesura,
 y tan de recio hirieron,
 que vencieron mi cordura.

II

Luego todos mis sentidos
 huyeron a lo más fuerte,
 mas iban ya mal heridos
 con sendas llagas de muerte;
 y mi libertad quedó
 en vuestro poder cautiva;
 mas gran placer hube yo
 desde supe que era viva.

III

Mis ojos fueron traidores,
ellos fueron consintientes,
ellos fueron causadores
que entrasen a estas gentes
-51-

que el atalaya tenían,
y nunca dijeron nada
de la batalla que vían,
ni hicieron ahumada.

IV

Desde que hubieron entrado,
a estos escaladores
abrieron el mi costado
y entraron vuestros amores;
y mi firmeza tomaron,
y mi corazón prendieron,
y mis sentidos robaron,
y a mí sólo no quisieron.

V

FIN

¡Que gran alevé hicieron
mis ojos y qué traición;
por una vista que os vieron,
venderos mi corazón!

VI

Pues traición tan conocida
ya les placía hacer,
vendieron mi triste vida
y hubiera de ello placer;
mas al mal que cometieron
no tienen excusación:
¡Por una vista que os vieron,
venderos mi corazón!

Con el gran mal que me sobra...

I

Con el gran mal que me sobra
 y el gran bien que me fallece,
 en comenzando algún obra.
 la tristeza que me cobra
 todas mis ganas empece;
 y en queriendo ya callar,
 se levantan mil suspiros
 y gemidos a la par,
 que no me dejan estar
 ni me muestran qué deciros.

II

No que mi decir se esconda,
 mas no hallo que aproveche,
 que puesto que me responda
 vuestra vela o vuestra ronda,
 responderá que yo peche;
 dirá luego: -¿Quién te puso
 en contienda ni cuestión?
 Yo, aunque bien no me escuso
 ni rehúso ser confuso,
 contaré la ocasión.

III

Y diré que me llamaron
 por los primeros mensajes,
 cien mil que os alabaron
 y alabando no negaron
 recibidos mil ultrajes;
 mas es tal vuestra beldad,
 vuestras gracias y valer,
 que Razón y Voluntad
 os dieron su libertad
 sin poderse defender.

IV

Empeñé, pues, no mal
 ya de veros por mi mal,
 y en subiendo por la escala,
 no sé cuál pie me resbala,
 no curé de la señal;
 y en llegando a la presencia
 de bienes tan remontados,
 mis Deseos y Cuidados
 todos se vieron lanzados
 delante vuestra excelencia.

V

Allí fue la gran cuestión
 entre Querer y Temor;
 cada cual con su razón
 esforzando la pasión
 y alterando la color;
 y aunque estaba apercibido
 y artero de escarmentado,
 cuando hubieron concluido,
 el temeroso partido
 se rindió al esforzado.

VI

Y como tardé en me dar
 esperando toda afrenta,
 después no pude sacar
 partido para quedar
 con alguna fuerza exenta;
 antes me di tan entero
 a vos sola de quien soy,
 que merced de otra no espero,
 sino de vos, por quien muero,
 y aunque muera, más me doy.

VII

Y en hallándome cautivo
 y alegre de tal prisión,
 ni me fue el placer esquivo
 ni el pensar me dio motivo
 de sentir mi perdición;
 antes fui acrecentando

las fuerzas de mis prisiones
y mis pasos acortando,
sintiendo, yendo, mirando
vuestras obras y razones.

VIII

Y aunque todos mis sentidos
de sus fines no gozaron,
los ojos embebecidos
fueron tan bien acogidos,
que del todo me alegraron;
mas mi dicha -no hadada
a consentirme tal gozo-
se volvió tan presto airada,
que mi bien fue todo nada
y mi gozo fue en el pozo.

IX

Robome una niebla oscura
esta gloria de mis ojos,
la cual, por mi desventura,
fue ocasión de mi tristura,
y aun la fin de mis enojos;
cual quedé, pues, yo quedando,
ya no hay mano que lo escriba,
que si yo lo voy pintando,
mis ojos lo van borrando
con gotas de sangre viva.

X

La crudeza de mis males
más se calla en la decir,
pues mis dichos no son tales
que igualen las desiguales
congojas de mi vivir;
mas después de atormentado
con cien mil agrios martirios,
diré cual amortajado
queda muerto y no enterrado,
a oscuras, sin luz ni cirios.

XI

Cual aquel cuerpo sagrado
 de San Vicente bendito,
 después de martirizado,
 a las fieras fue lanzado
 por cruel mando maldito;
 mas otro mando mayor
 de Dios, por quien padeció,
 le envió por defensor
 un lobo muy sin temor
 y un cuervo que lo ayudó.

XII

FIN

Así aguardan mi persona,
 por milagro, desde he muerto,
 un león con su corona
 y un cuervo que no abandona
 mi ser hasta ser despierto.

Venga, pues, vuestra venida
 en fin de toda mi cuenta;
 venga ya y verá mi vida
 que se fue con vuestra ida,
 mas debe quedar contenta.

En una llaga mortal...

I

En una llaga mortal,
 desigual,
 que está en el siniestro lado,
 conoceréis luego cuál
 es el leal
 servidor y enamorado;
 por cuanto vos la hicisteis
 a mí después de vencido
 en la vencida
 que vos, señora, vencisteis
 cuando yo quedé perdido
 y vos querida.

II

Aquesta triste pelea
 que os desea
 mi lengua ya declarar,
 es menester que la vea
 y la crea
 vuestra merced sin dudar;
 porque mi querer es fe,
 y quien algo en él dudase,
 dudaría
 en duda que cierto sé
 -58-
 que jamás no se salvase
 de herejía.

III

Porque gran miedo he tomado
 y cuidado
 de vuestro poco creer,
 por esta causa he tardado
 de os hacer antes saber
 la causa de aqueste hecho:
 cómo han sido mis pasiones
 padecidas;
 para ser, pues, satisfecho,
 conviene ser mis razones
 bien creídas.

IV

Señora, porque sería
 muy baldía
 toda mi dicha razón,
 si la duda no porfía
 con su guía,
 que se llama Discreción;
 como en ello ya no dude,
 pues es verdad y muy cierto
 lo que escribo,
 antes que tanto me ayude,
 que pues por duda soy muerto,
 sea vivo.

V

CABO

Pues es esta una experiencia
que tiene ya conocida
esta suerte,
por no dar una creencia,
no es razón quitar la vida
y dar muerte.

Acordaos, por Dios, señora...

I

Acordaos, por Dios, señora,
cuánto ha que comencé
vuestro servicio,
como un día ni una hora
nunca dejo ni dejé
de tal oficio;
acordaos de mis dolores,
acordaos de mis tormentos
que he sentido;
acordaos de los temores
y males y pensamientos
que he sufrido.

II

Acordaos cómo, en presencia,
me hallasteis siempre firme
y muy leal;
acordaos cómo, en ausencia,
nunca pude arrepentirme
de mi mal;
acordaos cómo soy vuestro
sin jamás haber pensado
ser ajeno;
acordaos cómo no nuestro
el medio mal que he pasado
por ser bueno.

III

Acordaos que no sentisteis,
en mi vida, una mudanza
que hiciese;
acordaos que no me disteis,
en la vuestra, una esperanza
que viviese;
acordaos de la tristura
que siento yo por la vuestra
que mostráis;
acordaos ya, por mesura,
del dolor que en mí se muestra
y vos negáis.

IV

Acordas que fui sujeto
y soy, a vuestra belleza,
con razón;
acordaos que soy secreto,
acordaos de mi firmeza
y afición;
acordaos de lo que siento
cuando parto y vos quedáis,
o vos partís;
acordaos cómo no miento,
aunque vos no lo pensáis,
según decís.

V

Acordaos de los enojos
que me habéis hecho pasar,
y los gemidos;
acordaos ya de mis ojos,
que de mis males llorar
están perdidos;
acordaos de cuánto os quiero
acordaos de mi deseo
y mis suspiros;
acordaos cómo si muero
de estos males que poseo,
es por serviros.

VI

Acordaos que llevaréis
 un tal cargo sobre vos
 si me matáis,
 que nunca lo pagaréis
 ante el mundo ni ante Dios,
 aunque queráis;
 y aunque yo sufra paciente
 a muerte y de voluntad
 mucho lo hecho,
 no faltará algún pariente
 que dé queja a la Hermandad
 de tan mal hecho.

VII

Después que pedí justicia,
 torno ya a pedir merced
 a la bondad,
 no porque haya gran codicia
 de vivir, mas vos habed
 ya piedad;
 y creedme lo que os cuento,
 pues que mi mote sabéis
 que dice así:
 ni miento ni me arrepiento,
 ni jamás conoceréis
 al en mí.⁴

VIII

CABO

Por fin de lo que desea
 mi servir y mi querer
 y firme fe,
 consentid que vuestro sea,
 pues que vuestro quiero ser,
 y lo seré,
 y perded toda la duda
 que tomasteis contra mí
 de ayer acá,
 que mi servir no se muda,
 aunque no pensáis que sí,
 ni mudara.

Ved que congoja la mía...

I

Ved qué congoja la mía,
ved qué queja desigual
que me aqueja,
que me crece cada día
un mal teniendo otro mal
que no me deja;
no me deja ni me mata,
ni me libra ni me suelta,
ni me olvida;
mas de tal guisa me trata,
que la muerte anda revuelta
con mi vida.

II

Con mi vida no me hallo,
porque estoy ya tan usado
del morir,
que lo sufro, muero y callo,
pensando ver acabado
mi vivir;
mi vivir que presto muera,
muera porque viva yo;
y muriendo
fenezca el mal, como quiera
que jamás no feneció
yo viviendo.

III

Viviendo nunca podía
conocer si era vivir
yo por cierto,
sino el alma que sentía
que no pudiera sentir
siendo muerto;
muerto, pero de tal mano
que, aun teniendo buena vida,
era razón
perderla, y estando sano
buscar alguna herida
al corazón.

IV

Al corazón que es herido
de mil dolencias mortales,
es de excusar
pensar de verle guarido;
mas de darle otras mil tales
y acabar,
 acabar porque será
menor trabajo la muerte
que tal pena,
y acabando escapará
la vida que aun era fuerte
para ajena.

V

Para ajena es congojosa
de verla y también de oírla
al que la tiene,
pues ved si será enojosa
al que, forzado, sufrirla
le conviene;
 le conviene aunque no quiera
pues no tiene libertad
de no querer;
y si muriere, que muera,
cuanto más que ha voluntad
de fenecer.

VI

De fenecer he deseo
por el mucho desear
que me fatiga,
y por el daño que veo
que me sabe acrecentar
una enemiga;
 una enemiga tan fuerte,
que en el arte del penar
tanto sabe,
que me da siempre la muerte
y jamás me da lugar
que me acabe.

VII

FIN

Ya mi vida os he contado
 por estos renglones tristes
 que veréis,
 y quedo con el cuidado
 y daréis.

No os pido que me sanéis,
 que, según el mal que tengo,
 no es posible;
 mas pido que matéis,
 pues la culpa que sostengo
 es tan terrible.

Ni vivir quiere que viva...

I

Ni vivir quiere que viva,
 ni morir quiere que muera,
 ni yo mismo sé qué quiera,
 pues cuanto quiero se esquivo;
 ni puedo pensar que escoja
 mi penado pensamiento,
 ni hallo ya quién me acoja
 de miedo de mi tormento.

II

Este dolor desigual
 rabia mucho por matarme;
 por hacerme mayor mal,
 Muerte no quiere acabarme.
 ¿Qué haré? ¿Adónde iré
 que me hagan algún bien?
 Helo pensado y no sé
 cómo ni dónde ni a quién.

III

Y ándome así perdido,
añadiendo pena a pena,
con un deporte fingido
con una alegría ajena;
mas presto se irá de mí,
que conmigo anda penada;
y pues la mía perdí,
perderé la que es prestada.

IV

El menor cuidado mío
es mayor que mil cuidados,
y el remedio que confío
es de los más mal librados;
que será poca mi vida
y presto se cumplirá,
que pena tan sin medida
nunca mucho durará.

V

¡Oh, Señor, que se cumpliera
esto que tanto deseo,
porque yo no poseyese
los dolores que poseo!
Que me puedes socorrer,
con sola muerte me acorre,
que si bien me has de hacer
venga presto y no se engorre.

VI

Sino, si mucho se aluenga,
yo me haré tan usado
a los males, que sostenga
cualquier tormento y cuidado;
pues, Muerte, venid, venid
a mi clamor trabajoso,
y matad y concludid
un hombre tan enojoso.

VII

FIN

Que si a ti sola te place,
pues a mí viene en placer,
según mi culta lo hace,
presto puedo fenecer.

Los fuegos que en mí encendieron...

I

Los fuegos que en mí encendieron
los mis amores pasados,
nunca matarlos pudieron
las lágrimas que salieron
de los mis ojos cuitados;
pues no por poco llorar,
que mis llantos muchos fueron,
mas no se pueden matar
los fuegos de bien amar,
si de verdad se prendieron.

II

Nunca nadie fue herido
de fiera llaga mortal,
que tan bien fuese guarido,
que le quedase en olvido
de todo punto su mal:
en mí se puede probar,
que yo no sé qué me haga,
que, cuando pienso sanar,
de nuevo quiebra pesar
los puntos de la mi llaga.

III

Esto hace mi ventura
que tan contraria me ha sido,
que su placer y holgura
es mi pesar y tristura,

y su bien, verme perdido;
 mas un consuelo me da
 este gran mal que me hace:
 que pienso que no tendrá
 más dolor que darme ya
 ni mal con quien me amenace.

IV

¿Qué dolor puede decir
 ventura que me ha de dar,
 que no lo pueda sufrir?
 Porque después de morir
 no hay otro mal ni penar.
 Por esto no temo nada,
 ni tengo de qué temer,
 porque mi muerte es pasada,
 y la vida no acabada
 que es la gloria que ha de haber.

V

Pues pena muy sin medida,
 ni desiguales dolores,
 ni rabia muy dolorida,
 ¿qué pueden hacer a vida
 que los desea mayores?
 No sé en qué pueda dañarme
 ni mal que pueda hacerme,
 pues que lo más es matarme.
 de esto no puede pesarme,
 de todo debe placermme.

VI

CABO

Sobró mi amor, en amor,
 al amor más desigual,
 y mi tristeza, en tristeza,
 al dolor que fue mayor
 en el mundo, y más mortal;
 y mi firmeza en firmeza
 sobró todas las firmezas,
 y mi dolor, en dolor,

por perder una belleza
que sobró todas bellezas.

Estando ausente de su amiga a un mensajero que allá enviaba

I

Ve, discreto mensajero,
delante aquella figura
valerosa
por quien peno, por quien muero,
flor de toda hermosura
tan preciosa,
y mira cuando llegares
a su esmerada presencia
que resplandece,
doquiera que la hallares
tú le hagas reverencia
cual merece.

II

Llegarás con tal concierto,
los ojos en el sentido
resguardando,
no te mate quien ha muerto
un corazón y vencido
bien amando;
y después de saludada
su valer, con afición
tras quien sigo,
de mi triste enamorada
le harás la relación
que te digo.

III

Dirasle que soy tornado
con más penas que llevé
cuando partí,
todo siempre acompañado
de aquella marcada fe
que le di.

Aquel vivo sentimiento
me ha traído sin dudanza

asegurado
 al puerto de salvamiento,
 do está la clara holganza
 de mi grado.

IV

Dirasle cómo he venido
 hecho mártir, padeciendo
 los deseos
 de su gesto tan cumplido,
 mis cuidados combatiendo
 sus arreos;
 no te olvides de contar
 las afligidas pasiones
 que sostengo
 sobre estas ondas de mar,
 do espero los galardones
 tras quien vengo.

V

Recuerde bien tu memoria
 de los trabajados días
 que he sufrido,
 por más merecer la gloria
 de las altas alegrías
 de Cupido;
 y plañendo y suspirando
 por mover a compasión
 su crudeza,
 le di que ando esperando
 bordado mi corazón
 de firmeza.

VI

Que no quiera ni consienta
 la perdición que será
 enemiga
 de mi vida, su sirvienta,
 en quien siempre hallará
 buena amiga;
 mas que tenga por mejor
 -pues con razón me querello-
 de guiarme,
 y si place al Dios de amor,

a ella no pese de ello
por salvarme.

VII

Y dirás la pena fuerte
que de tu parte me guarda
fatigando,
y cuán cierta me es la muerte
si mi remedio se tarda
de su bando;
dirasle mi mar amargo,
mi congojoso dolor
y mi pesar,
y sepa que es grande cargo
al que puede y es deudor.
no pagar.

VIII

Dile que vivo sin ella,
como las almas serenas,
muy penado
de pena mayor que aquella,
de sus grillos y cadenas
aferrado;
y si no quiere valerme,
pues yo no sé remediarme
en tal modo,
para nunca socorrerme,
muy mejor será matarme
ya del todo.

IX

Si vieres que te responde
con amenazas de guerra,
según sé,
dile que te diga dónde
su mandato me destierra,
que allá iré;
y si por suerte o ventura
te mostrare que es contenta,
cual no creo,
suplica a su hermosura
que a su servicio consienta
mi deseo.

X

FIN

Remediador de mis quejas,
 no te tardes, ven temprano,
 contemplando
 el peligro en que me dejas,
 con la candela en la mano
 ya penando;
 y pues sabes cómo espero
 tu vuelta para guarirme
 o condenarme,
 que no tardes te requiero
 de traer el mando firme
 de gozarme.

Memorial que hizo a su corazón, que parte al desconocimiento de su amiga donde él tiene todos sus sentidos

I

Allá verás mis sentidos,
 corazón, si los buscares,
 pienso que harto perdidos,
 con gran sobra de pesares.
 Envíame acá al oír,
 porque mucho me conviene,
 porque oiga de quien los tiene
 algunas veces decir.

II

Allá está mi pensamiento,
 allá mi poca alegría
 que perdí en mi vencimiento,
 y todo el bien que tenía.
 Si tú los pudieras ver,
 mucho me los encomienda;
 mas cata que no lo entienda
 la que los tiene en poder.

III

Allá está mi libertad
allá toda mi cordura;

-80-

tiénelo en cargo Bondad,
cautivos Hermosura;

la portera es Honstad,
por lo cual nunca podrás
hablar con quien tú querrás,
si no buscas a Piedad.

IV

Mas está tan encerrada,
que si tú hablarla esperas
tal será la tu tornada
que antes que partas mueras.

Si no buscas algún arte
como hables con quien quieres,
cuanto en Piedad no esperes
alcanzar ninguna parte.

V

CABO

Y dirás a la señora
que tiene toda esa gente,
que soy presto toda hora
a su mandar y obediente;
y que es vuelto a mi servicio
un público vasallaje,
y mi fe en pleito homenaje,
y mi penar en oficio.

Otras suyas en que pone el nombre de una dama; y comienza y acaba en las letras primeras de todas las coplas [y versos], y dice:

I

¡Guay de aquél que nunca atiende
galardón por su servir!
¡Guay de quien jamás entiende
guarecer ya ni morir!
¡Guay de quien ha de sufrir
grandes males sin gemido!
¡Guay de quien ha perdido
gran parte de su vivir!

II

Verdadero amor y pena
vuestra belleza me dio,
Ventura no me fue buena,
Voluntad me cautivó;
veros sólo me tornó
vuestro, sin más defenderme;
Virtud pudiera valerme,
valerme, mas no valió.

III

Y estos males que he contado,
yo soy el que los espera;
yo soy el desesperado,
yo soy el que desespera,
yo soy el que presto muera,
y no viva, pues no vivo;
yo soy el que está cautivo
y no piensa verse fuera.

IV

¡Oh, si aquestas mis pasiones,
oh, si la pena en que está,
oh, si mis fuertes pasiones
osase descubrir yo!
¡Oh, si quien a mí las dio
oyese la queja de ellas!
¡Oh, qué terribles querellas
oiría que ella causó!

V

Mostrara una triste vida
muerta ya por su ocasión;
mostrara una gran herida
mortal en el corazón;
mostrara una sinrazón
mayor de cuantas he oído:
matar un hombre vencido,
metido ya en la prisión.

VI

Agora que soy ya suelto,
ahora veo que muero;
ahora fuese yo vuelto
aunque muriese primero
aunque muriese primero
a lo menos moriría
a manos de quien podría
acabar el bien que espero.

VII

CABO

Rabia terrible me aqueja,
rabia mortal me destruye,
rabia que jamás me deja,
rabia que nunca concluye;
remedio siempre me huye,
reparo se me desvía,
revuelve por otra vía
revuelta y siempre rehuye.

**Otra obra suya en que puso el nombre de su esposa, y asimismo
nombrados los linajes de los cuatro costados de ella, que son:
Castañeda, Ayala, Silva, Meneses**

I

Según el mal me siguió
Maravillóme de mí
cómo así me despedí
que jamás no me mudó.

Cáusame aquesta firmeza,
que, siendo de vos ausente,
ante mí estaba presente
continuo vuestra belleza.

II

Por cierto no fueron locas
mis temas y mis porfías,
pues que las congojas mías
de muchas tornastes pocas

Tañed Agora, pues vos
en cuerdas de galardón:
como cante a vuestro son,
muy contento soy, par Dios.

III

Vaya la vida pasada
que por amores sufrí,
pues me pagasteis con sí,
señora, bien empleada;
y tened por verdadera
esta razón que diré:
que siempre ya cantaré
pues que fuisteis la primera.

IV

Sin valer vuestro querrá
-pues que me quiso valer-
amarme mucho y querer,
sé que buen logro dará.

Si vos así lo hacéis,
 doblada será mi fe,
 y aunque yo nunca diré,
 señora, no me culpéis.

V

Lo que causa que más amen
 es Esperanza de ver
 buen galardón de querer;
 y el contrario, que desamen.

Yo lo habré por muy extraño
 si, en pago de mi servir,
 queréis cantar y decir:
 A mí venga muy gran daño.

VI

CABO

Tomando de aquí el nombre
 que está en la copla primera,
 y de esta otra postrimera
 juntando su sobrenombre,
 claro verán quién me tiene
 contento por su cautivo,
 y me place porque vivo
 sólo porque ella me pene.

Canción

Quien no estuviere en presencia

I

Quien no estuviere en presencia
no tenga fe en confianza,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

II

Quien quisiere ser amado
trabaje por ser presente,
que cuan presto fuere ausente,
tan presto será olvidado:
y pierda toda esperanza
quien no estuviere en presencia,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

Canción

No sé por qué me fatigo

I

No sé por qué me fatigo,
pues con razón me vencí,
no siendo nadie conmigo
y vos y yo contra mí.

II

Vos por me haber desamado,
yo por haberos querido,
con vuestra fuerza y mi grado,
habemos a mí vencido;
pues yo fui mi enemigo

en darme como me di,
 ¿quién osará ser amigo
 del enemigo de sí?

Canción

Quien tanto veros desea

I

Quien tanto veros desea,
 señora, sin conoceros,
 ¿qué hará después que os vea,
 cuando no pudiere veros?

II

Gran temor tiene mi vida
 de mirar vuestra presencia,
 pues amor en vuestra ausencia
 me hirió de tal herida;
 aunque peligrosa sea,
 deliro de conoceros,
 y si muero porque os vea,
 mi victoria será veros.

Canción

Es una muerte escondida

I

Es una muerte escondida
 este mi bien prometido,
 mas no puedo ser querido
 sin peligro de mi vida.

II

Mas sólo porque me quiera
quien en vida no me quiere,
yo quiero sufrir que muera
mi vivir, pues siempre muere;
y en perder vida perdida
no me cuento por perdido,
pues no puedo ser querido
sin peligro de mi vida.

Canción5

Por vuestro gran merecer

I

Por vuestro gran merecer,
amor me pone tal grado,
que me pierdo por perder
de las angustias cuidado.

II

Pues que se acabe la vida
con dolor tan lastimero,
soy contento y lo quiero,
si ella queda servida;
porque quiere mi querer,
muy contento y no forzado,
que me pierda por perder
de las angustias cuidado.

Canción

Con dolorido cuidado

I

Con dolorido cuidado,
desgrado, pena y dolor,
parto yo, triste amador,
de amores desamparado,
de amores, que no de amor.

II

Y el corazón, enemigo
de lo que mi vida quiere,
ni halla vida ni muere
ni queda ni va conmigo;
sin ventura, desdichado,
sin consuelo, sin favor,
parto yo, triste amador,
de amores desamparado,
de amores, que no de amor.

Canción

Cuanto más pienso serviros

I

Cuanto más pienso serviros,
tanto queréis más causar
que gaste mi fe en suspiros
y mi vida en desear
lo que no puedo alcanzar.

II

Bien conozco que estoy ciego
y que mi gran fe me ciega,
y que esperando me niega
que no os venceréis de ruego,

y que, por mucho serviros,
no dejaréis de causar
que gaste mi fe en suspiros
y mi vida en desear
lo que no puedo alcanzar.

Canción

Justa fue mi perdición

I

Justa fue mi perdición;
de mis males soy contento,
no se espeta galardón,
pues vuestro merecimiento
satisfizo mi pasión.

II

Es victoria conocida
quien de vos queda vencido,
que en perder por vos la vida
es ganado lo perdido.

Pues lo consiente Razón,
consiento mi perdimiento
[sin esperar galardón],
pues vuestro merecimiento
satisfizo mi pasión.

Canción6

Cada vez que mi memoria

I

Cada vez que mi memoria
vuestra beldad representa,
mi penar se torna gloria.
mis servicios en victoria,
mi morir, vida contenta.

II

Y queda mi corazón
bien satisfecho en serviros;
el pago de sus suspiros
halo por buen galardón;
-93-

porque vista la memoria
en que a vos os representa,
su penar se torna gloria,
sus servicios en victoria,
su morir, vida contenta.

Canción7

No tardes, Muerte, que muero

I

No tardes, Muerte, que muero;
ven, porque viva contigo;
quíereme, pues que te quiero,
que con tu venida espero
no tener guerra connigo.

II

Remedio de alegre vida
no lo hay por ningún medio,
porque mi grave herida

es de tal parte venida,
que eres tú sola remedio.

Ven aquí, pues, ya que muero;
búscame, pues que te sigo:
quíereme, pues que te quiero,
y con tu venida espero
no tener vida conmigo.

Esparza

Hallo que ningún poder

Hallo que ningún poder
ni libertad en mí tengo,
pues ni estoy ni voy ni vengo
donde quiere mi querer:
que si estoy, vos me tenéis;
[y] si voy, vos me lleváis;
si vengo, vos me traéis;
así que no me dejáis,
señora, ni me queréis.

Esparza

Yo callé males sufriendo

Yo callé males sufriendo,
y sufrí penas callando;
padecí no mereciendo,
y merecí padeciendo
los bienes que no demando:
si el esfuerzo que he tenido
para callar y sufrir,
tuviera para decir,
no sintiera mi vivir
los dolores que ha sentido.

Esparza

Pensando, señora, en vos

Pensando, señora, en vos,
vi en el cielo una cometa:
es señal que manda Dios
que pierda miedo y cometa
-95-

a declarar el deseo
que mi voluntad desea,
porque jamás no me vea
vencido como me veo
en esta fuerte pelea
que yo conmigo peleo.

Esparza

Callé por mucho temor

Callé por mucho temor;
temo, por mucho callar,
que la vida perderé;
así con tan grande amor
no puedo, triste, pensar
qué remedio me daré.

Porque alguna vez hablé,
halléme de ello tan mal,
que, sin duda, más valiera
callar, mas tan bien callé
y pené tan desigual,
que, más callando, muriera.

Esparza

Qué amador tan desdichado

¡Qué amador tan desdichado,
 que gané
 -en la gloria de amadores-
 el más alto y mejor grado,
 por la fe
 que tuve con mis amores!
 Y así como Lucifer
 se perdió por se pensar
 igualar con su Señor,
 así me vine a perder
 por me querer igualar
 en amor con el Amor.

Esparza

Mi temor ha sido tal

Mi temor ha sido tal
 que me ha tornado judío;
 por esto el esfuerzo mío
 manda que traiga señal:
 pues viendo cuán poco gano
 viviendo en ley que no es buena,
 osándoos decir mi pena
 me quiero tornar cristiano.

Esparza8

Es mi pena desear

Es mi pena desear
 ser vuestro, de vuestro grado;
 que no serlo es excusado
 pensar poderlo excusar;
 por esto lo que quisiera
 es serlo a vuestro placer,
 que serlo sin vos querer
 desde que os vi me lo era.

Mote

Don Jorge Manrique sacó por cimera una noria con sus arcaduces llenos y dijo:

Aquestos y mis enojos
 tienen esta condición:
 que suben del corazón
 las lágrimas a los ojos.

Glosa

A su mote que dice: «ni miento ni me arrepiento»

I

Ni miento ni me arrepiento,
 ni digo ni me desdigo,
 ni estoy triste ni contento,
 ni reclamo ni consiento,
 ni fío ni desconfío;
 ni bien vivo ni bien muero,
 ni soy ajeno ni mío,
 ni me venzo ni porfío,
 ni espero ni desespero.

II

FIN

Conmigo solo contiendo
 en una fuerte contienda,
 y no hallo quién me entienda
 ni yo tampoco me entiendo;
 entiendo y sé lo que quiero,
 mas no entiendo lo que quiera
 quien quiere siempre que muera
 sin querer creer que muero.

Glosa

«Siempre amar y amor seguir»

I

Quiero, pues quiere Razón
de quien no puedo huir,
con fe de noble pasión,
pasión que pone afición,
siempre amar y amor seguir.

II

Siempre amar, pues que se paga
-según muestra amar Amor-
con amor, porque la llaga
-bien amando- del dolor
se sane y quede mayor.

Tal que con tal intención
quiero sin merced pedir,
pues que lo quiere Razón.
con fe de noble pasión,
siempre amar y amor seguir.

Glosa

«Sin Dios y sin vos y mí»

I

Yo soy quien libre me vi,
yo, quien pudiera olvidaros:
yo soy el que, por amaros,
estoy, desde os conocí,
sin Dios y sin vos y mí.

II

Sin Dios, porque en vos adoro:
sin vos, pues no me queréis;
pues sin mí, ya está de coro
que vos sois quien me tenéis.

Así que triste nací,
pues que pudiera olvidaros
yo soy el que por amaros
estoy, desde os conocí,
sin Dios y sin vos y mí.

Pregunta

(A Juan Álvarez Gato)

I

Después que el fuego se esfuerza
del amor, en cualquier parte
no vale esfuerzo ni fuerza,
seso ni maña ni arte;
ni vale consejo ajeno,
ni hay castigo ni enmienda,
ni vale malo ni bueno,
ni vale tirar del freno,
ni vale darle la rienda.

II

Pues no aprovecha probarlo
para haberle de matar,
muy mejor será dejarlo
que se acabe de quemar;
que con aquello que entiende
matar el fuego cruel,
con eso mismo lo prende,
porque tanto más lo enciende
cuanto más echan en él.

III

Era excusado pedir
remedio para mi mal,
pues que tengo de morir
por remedio principal.

Así que estoy en temor
bien cierto de mala suerte,
pues me hallo ser mejor
el remedio que el dolor,
ni el remedio que la muerte.

IV

Vuestra discreción me hace
tener alguna esperanza,
y mi ventura deshace,
mi bien y mi confianza;
mas dígame lo que pido,
aunque remedio no tenga:
yo estoy cerca de perdido
y lejos de socorrido,
y quieren que me detenga.

Pregunta**Entre dos fuegos lanzado**

Entre dos fuegos lanzado,
donde amor es repartido,
del uno soy encendido,
del otro cerca quemado;
y no sé yo bien pensar
cuál será mejor hacer;
dejarme más encender
o acabarme de quemar:
decid qué debo tomar.

Pregunta

Entre bien y mal doblado

Entre bien y mal doblado
pasa un gran río caudal;
yo estoy en cabo del mal
y el río no tiene vado.

Galardón, que era la puente,
es ya quebrada por medio;
¿qué me daréis por remedio,
que el nadar no lo consiente
la fuerza de la creciente?

Pregunta

(A Guevara)

Porque me hiere un dolor
quiero saber de vos, cierto,
cuando matasteis Amor
si lo dejasteis bien muerto;
o si había más amores
para dar pena y cuidado,
o si ha resucitado,
porque, según mis dolores,
Amor me los ha causado.

Respuesta

(A Guevara)

Los males que son menores
de amor, es mi opinión
que más y mayores son
de los que de él son mayores;
y el Dios de los amadores
no da favor ni destierra
cuando son merecedores;
mas do la virtud se encierra,
la gracia cobra más tierra.

Respuesta9

(A Gómez Manrique)

Mi saber no es para solo,
dadme plazo hasta el martes,
pues imos donde hay las artes
que hablan, señor, del Polo.

Mas de tal saber ayuno
digo, sin acuerdo alguno,
que debemos todos ir
a vuestro mando cumplir
señor, que no quede uno.

Obras burlescas

A una prima suya que le estorbaba unos amores

Cuando el bien templar concierta
 al buen tañer y conviene,
 tanto daña y desconcierta
 la prima falsa que tiene;
 pues no aprovecha temparla,
 ni por ello mejor suena,
 por no estar en esta pena,
 muy mejor será quebrarla
 que pensar hacerla buena.

Coplas a una beoda que tenía empeñado un brial en la taberna

I

Hanme dicho que se atreve
 una dueña a decir mal,
 y he sabido cómo bebe
 continuo sobre un brial;
 y aun bebe de tal manera
 que, siendo de terciopelo,
 me dicen que a chico vuelo
 será de la tabernera.

II

Está como un serafín
 diciendo ya: -«¡Ojalá
 estuviese San Martín
 adonde mi casa está!»
 De Valdiglesias se entiende
 esta petición, y gana
 por ser de allí parroquiana
 pues que tal vino se vende.

III

Y reza de cada día,
 esta devota señora,
 esta santa letanía
 que pondremos aquí ahora,
 (en medio del suelo duro
 hincados los sus hinojos,
 llorando de los sus ojos
 de beber el vino puro:)

IV

-«¡Oh, beata Madrigal
 ora pro nobis a Dios!»
 «¡Oh, santa Villa Real,
 señora, ruega por nos!»
 «¡Santos Yepes, Santa Coca,
 rogad por nos al Señor,
 porque de vuestro dulzor
 no fallezca a la mi boca!»

V

«¡Santo Luque, yo te pido
 que ruegues a Dios por mí;
 y no pongas en olvido
 de me dar vino de ti!»
 «¡Oh, tú, Baeza beata,
 Úbeda, santa bendita,
 este deseo me quita
 del torontés que me mata!»

Un convite que hizo a su madrastra [doña Elvira de Castañeda]

I

Señora muy acabada:
 tened vuestra gente presta,
 que la triste hora es llegada
 de la muy solemne fiesta.
 Cuando yo un cuerno tocare,
 moveréis todas al trote,
 y a la que primer llegare, (sic)
 de aquí le suelto el escote.

II

Entrará vuestra merced,
 porque es más honesto entrar,
 por cima de una pared
 y dará en un muladar.

Entrarán vuestras doncellas
 por bajo de un albollón,
 hallaréis luego un rincón
 donde os pongáis vos y ellas.

III

Por remedio del cansancio¹⁰
 de este salto peligroso,

-110-

hallaréis luego un palacio
 hecho para mi reposo;
 sin ningún tejado el cielo,
 cubierto de telarañas,
 ortigas por espadañas,
 derramadas por el suelo.

IV

Y luego que hayáis entrado,
 volveréis a mano izquierda;
 hallaréis luego un estrado
 con la escalera de cuerda;
 por alcatifa una estera;
 por almohadas, albardas
 con hilo blanco bordadas,
 la paja toda de fuera.

V

La cama estará al sereno,
 hecha a manera de lío
 y un colchón de pulgas lleno
 y de lana muy vacío;
 una sábana no más
 dos mantas de lana lucia,
 una almohada tan sucia
 que no se lavó jamás.

VI

Asentaréis en un poyo
mucho alto y muy estrecho;
la mesa estará en un hoyo,
porque esté más a provecho;
unos manteles de estopa;
por paños, paños menores:
servirán los servidores
en cueros vivos, sin ropa.

VII

Yo entraré con el manjar,
vestido de aqueste son;
sin camisa, en un jubón
sin mangas y sin collar;
una ropa corta y parda,
aforrada con garduñas;
y por pestañas, las uñas,
y en el hombro una espingarda.

VIII

Y unas calzas que de rotas
ya no pueden atacarse,
y unas viejas medias botas
que rabian por abajarse:
tan sin suelas, que las guijas
me tienen quitado el cuero;
y en la cabeza un sombrero
que un tiempo fue de vedijas.

IX

Vendrá luego una ensalada
de cebollas albarranas,
con mucha estopa picada
y cabezuelas de ranas;
vinagre vuelto con hiel,
y su aceite rosado,
en un casquete lanzado,
cubierto con un broquel.

X

El gallo de la Pasión
vendrá luego tras aquesto,
metido en un tinajón,
bien cubierto con un cesto,
y una gallina con pollos,
y dos conejos tondidos,
y pájaros con sus nidos
cocidos con sus repollos.

XI

Y el arroz hecho con grasa
de un collar viejo, sudado,
puesto por orden y tasa,
para cada uno un bocado,
por azúcar y canela,
alcrebite por ensomo,
y delante el mayordomo
con un cabo de candela.

XII

Acabada ya la cena,
vendrá una pasta real
hecha de cal y arena,
guisada en un hospital;
hollín y ceniza ensomo
en lugar de cardenillo,
hecho un emplasto todo
y puesto en el colodrillo.

XIII

La fiesta ya fenecida,
entrará luego una dueña
con una hacha encendida,
de aquellas de partir leña,
con dos velas sin pabilos,
hechas de cera de orejas;
las pestañas y las cejas
bien cosidas con dos hilos.

XIV

Y en el un pie dos chapines
y en el otro una chinela;
en las manos escarpines,
y tañendo una vihuela;
un tocino, por tocado;
por sartales, un raposo;
un brazo descoyuntado
y el otro todo velloso.

XV

CABO

Y una saya de sayal
forrada en peña tajada,
y una pescada cicial
de la garganta colgada,
y un balandrán rocegante,
hecho de nueva manera:
las faldas todas delante,
las nalgas todas de fuera.

Obras doctrinales

Coplas por la muerte de su padre

I

Recuerde el alma dormida

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
 cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

II

Pues si vemos lo presente

Pues si vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.

-116-

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
mas que duró lo que vio,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

III

Nuestras vidas son los ríos

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir,
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

IV

Invocación**Dejo las invocaciones**

Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores;
aquél sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo
el mundo no conoció
su deidad.

V

Este mundo es el camino

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin error.

Partimos cuando nacemos
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

VI

Este mundo bueno fue

Este mundo bueno fue
si bien usásemos del
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.

Aun aquel Hijo de Dios,
para subirnos al cielo,
descendió
a nacer acá entre nos,
y a morir en este suelo
do murió.

VII

Ved de cuán poco valor

Ved de cuán poco valor
 son las cosas tras que andamos
 y corremos,
 que, en este mundo traidor
 aun primero que miramos
 las perdemos:
 de ellas deshace la edad,
 de ellas casos desastrados
 que acaecen,
 de ellas, por su calidad,
 en los más altos estados
 desfallecen.

VIII

Decidme: La hermosura

Decidme: La hermosura,
 la gentil frescura y tez
 de la cara,
 la color y la blancura,
 -119-
 cuando viene la vejez,
 ¿cuál se para?
 Las mañas y ligereza
 y la fuerza corporal
 de juventud,
 todo se torna graveza
 cuando llega al arrabal
 de senectud.

IX

Pues la sangre de los godos

Pues la sangre de los godos,
y el linaje y la nobleza
tan crecida,
¡por cuántas vías y inodos
se pierde su gran alteza
en esta vida!

Unos, por poco valer,
¡por cuán bajos y abatidos
que los tienen!;
otros que, por no tener,
con oficios no debidos
se mantienen.

X

Los estados y riqueza

Los estados y riqueza,
que nos dejen a deshora
¿quién lo duda?

-120-

no les pidamos firmeza,
pues son de una señora
que se muda.

Que bienes son de Fortuna
que revuelven con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una
ni estar estable ni queda
en una cosa.

XI

Pero digo que acompañen

Pero digo que acompañen
 y lleguen hasta la huesa
 con su dueño:
 por eso no nos engañen,
 pues se va la vida apriesa
 como sueño;
 y los deleites de acá
 son, en que nos deleitamos,
 temporales,
 y los tormentos de allá,
 que por ellos esperamos,
 eternos.

XII

Los placeres y dulzores

Los placeres y dulzores
 de esta vida trabajada
 que tenemos,
 -121-
 no son sino corredores,
 y la muerte, la celada
 en que caemos.

No mirando a nuestro daño,
 corremos a rienda suelta
 sin parar;
 desde que vemos el engaño
 y queremos dar la vuelta,
 no hay lugar.

XIII

Si fuese en nuestro poder

Si fuese en nuestro poder
hacer la cara hermosa
corporal,
como podemos hacer
el alma tan gloriosa,
angelical,
¡qué diligencia tan viva
tuviéramos toda hora,
y tan presta,
en componer la cautiva,
dejándonos la señora
descompuesta!

XIV

Esos reyes poderosos

Esos reyes poderosos
que vemos por escrituras
ya pasadas,
con casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas;
así que no hay cosa fuerte,
que a papas y emperadores
y prelados,
así los trata la Muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

XV

Dejemos a los troyanos

Dejemos a los troyanos,
 que sus males no los vimos,
 ni sus glorias;
 dejemos a los romanos,
 aunque oímos y leímos
 sus historias;
 no curemos de saber
 lo de aquel siglo pasado
 qué fue de ello;
 vengamos a lo de ayer,
 que también es olvidado
 como aquello.

XVI

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
 Los Infantes de Aragón
 ¿qué se hicieron?
 ¿Qué fue de tanto galán,
 qué de tanta invención
 que trajeron?
 ¿Fueron sino devaneos,
 qué fueron sino verduras
 de las eras,
 las justas y los torneos,
 paramentos, bordaduras
 y cimeras?¹¹

XVII

Qué se hicieron las damas

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados y vestidos,
sus olores?

¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

XVIII

Pues el otro, su heredero

Pues el otro, su heredero,
Don Enrique, ¡qué poderes
alcanzaba!
¡Cuán blando, cuán halaguero
el mundo con sus placeres
se le daba!

Mas verás cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se le mostró;
habiéndole sido amigo,
¡cuán poco duro con él
lo que le dio!

XIX

Las dádivas desmedidas

Las dádivas desmedidas,
 los edificios reales
 llenos de oro,
 las vajillas tan fabridas,
 los enriques y reales
 del tesoro;
 los jaeces, los caballos
 de sus gentes y atavíos
 tan sobrados,
 ¿dónde iremos a buscarlos?
 ¿qué fueron sino rocíos
 de los prados?

XX

Pues su hermano el inocente

Pues su hermano el inocente,
 que en su vida sucesor
 le hicieron,¹²
 ¡qué corte tan excelente
 tuvo y cuánto gran señor
 le siguieron!
 Mas, como fuese mortal,
 metiole la Muerte luego
 en su fragua.
 ¡Oh, juicio divinal,
 cuando más ardía el fuego,
 echaste agua!

XXI

Pues aquel gran Condestable

Pues aquel gran Condestable,
 maestre que conocimos
 tan privado,
 no cumple que de él se habla,
 mas sólo cómo lo vimos
 degollado.

Sus infinitos tesoros,
 sus villas y sus lugares,
 su mandar,
 ¿qué le fueron sino lloros?
 ¿Qué fueron sino pesares
 al dejar?

XXII

Y los otros dos hermanos

Y los otros dos hermanos,
 maestros tan prosperados
 como reyes,
 que a los grandes y medianos
 trajeron tan sojuzgados
 a sus leyes;

aquella prosperidad
 que en tan alto fue subida
 y ensalzada,
 ¿qué fue sino claridad
 que cuando más encendida
 fue matada?

XXIII

Tantos duques excelentes

Tantos duques excelentes,
 tantos marqueses y condes
 y varones
 como vimos tan potentes,
 di, Muerte, ¿do los escondes
 y traspones?

Y las sus claras hazañas
 que hicieron en las guerras
 y en las paces,
 cuando tú, cruda, te ensañas,
 con tu fuerza las aterras
 y deshaces.

XXIV

Las huestes innumerables

Las huestes innumerables,
 los pendones, estandartes
 y banderas,
 los castillos impugnables,
 los muros y baluartes
 y barreras,

la cava honda, chapada,
 o cualquier otro reparo,
 ¿qué aprovecha?
 Cuando tú vienes airada,
 todo lo pasas de claro
 con tu flecha.

XXV

Aquel de buenos abrigo

Aquel de buenos abrigo,
 amado por virtuoso
 de la gente,
 el maestre Don Rodrigo
 Manrique, tanto famoso
 y tan valiente;
 sus hechos grandes y claros
 no cumple que los alabe,
 pues los vieron,
 ni los quiero hacer caros
 pues que el mundo todo sabe
 cuáles fueron.

XXVI

Amigos de sus amigos

Amigos de sus amigos,
 ¡qué señor para criados
 y parientes!
 ¡Qué enemigo de enemigos!
 ¡Qué maestro de esforzados
 y valientes!
 ¡Que seso para discretos!
 ¡Qué gracia para donosos!
 ¡Qué razón!
 ¡Qué benigno a los sujetos!
 ¡A los bravos y dañosos,
 qué león!

XXVII

En ventura Octaviano

En ventura Octaviano;
Julio César en vencer
y batallar;
en la virtud, Africano;
Aníbal en el saber
y trabajar;
 en la bondad, un Trajano;
Tito en liberalidad
con alegría,
en su brazo, Aureliano;
Marco Atilio en la verdad
que prometía.

XXVIII

Antonio Pío en clemencia

Antonio Pío en clemencia;
Marco Aurelio en igualdad
del semblante;
Adriano en elocuencia,
Teodosio en humanidad
y buen talante;
 Aurelio Alejandro fue
en disciplina y rigor
de la guerra;
un Constantino en la fe,
Camilo en el gran amor
de su tierra.

XXIX

No dejó grandes tesoros

No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó muchas riquezas
ni vajillas;
mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció,
cuántos moros y caballos
se perdieron;
y en este oficio ganó
las rentas y los vasallos
que le dieron.

XXX

Pues por su honra y estado

Pues por su honra y estado,
en otros tiempos pasados,
¿cómo se hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos y criados
se sostuvo.
Después que hechos famosos
hizo en esta misma guerra
que hacía,
hizo tratos tan honrosos
que le dieron aun más tierra
que tenía.

XXXI

Estas sus viejas historias

Estas sus viejas historias
que con su brazo pintó
en juventud,
con otras nuevas victorias
ahora las renovó
en senectud.

Por su grande habilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada,
alcanzó la dignidad
de la gran Caballería
de la Espada.

XXXII

Y sus villas y sus tierras

Y sus villas y sus tierras
ocupadas de tiranos
las halló;
mas por cercos y por guerras
y por fuerza de sus manos
las cobró.

Pues nuestro rey natural,
si de las obras que obró
fue servido,
dígalo el de Portugal
y en Castilla quien siguió
su partido.

XXXIII

Después de puesta la vida

Después de puesta la vida
 tantas veces por su ley
 al tablero;
 después de tan bien servida
 la corona de su rey
 verdadero;
 después de tanta hazaña
 a que no puede bastar
 cuenta cierta,
 en la su villa de Ocaña
 vino la Muerte a llamar
 a su puerta

XXXIV

diciendo: -«Buen caballero

diciendo: -«Buen caballero
 dejad el mundo engañoso
 y su halago;
 vuestro corazón de acero
 muestre su esfuerzo famoso
 en este trago;
 y pues de vida y salud
 hicisteis tan poca cuenta
 por la fama,
 esfuércese la virtud
 para sufrir esta afrenta
 que os llama.

XXXV

No se os haga tan amarga

«No se os haga tan amarga
 la batalla temerosa
 que esperáis,
 pues otra vida más larga
 de la fama gloriosa
 acá dejáis,
 (aunque esta vida de honor
 tampoco no es eternal
 ni verdadera);
 mas, con todo, es muy mejor
 que la otra temporal
 perecedera.

XXXVI

El vivir que es perdurable

«El vivir que es perdurable
 no se gana con estados
 mundanales,
 ni con vida delectable
 donde moran los pecados
 infernales;
 mas los buenos religiosos
 gánanlo con oraciones
 y con lloros;
 los caballeros famosos,
 con trabajos y aflicciones
 contra moros.

XXXVII

Y pues vos, claro varón

«Y pues vos, claro varón,
 tanta sangre derramasteis
 de paganos,
 esperad el galardón
 que en este mundo ganasteis
 por las manos;
 y con esta confianza,
 y con la fe tan entera
 que tenéis,
 partid con buena esperanza,
 que esta otra vida tercera
 ganaréis.»

XXXVIII

[responde el Maestro]**No tengamos tiempo ya**

-«No tengamos tiempo ya
 en esta vida mezquina
 por tal modo,
 que mi voluntad está
 conforme con la divina
 para todo;
 y consiento en mi morir
 con voluntad placentera,
 clara y pura,
 que querer hombre vivir
 cuando Dios quiere que muera,
 es locura.

XXXIX

[Oración]**Tú, que, por nuestra maldad**

Tú, que, por nuestra maldad,
 tomaste forma servil
 y bajo nombre;
 tú, que a tu divinidad
 juntaste cosa tan vil
 como es el hombre;
 tú, que tan grandes tormentos
 sufriste sin resistencia
 en tu persona,
 no por mis merecimientos,
 mas por tu sola clemencia
 me perdona.»

XL

Fin**Así, con tal entender**

Así, con tal entender,
 todos sentidos humanos
 conservados,
 cercado de su mujer
 y de sus hijos y hermanos
 y criados,
 dio el alma a quien se la dio
 (el cual la dio en el cielo¹³
 en su gloria),
 que aunque la vida perdió,
 dejonos harto consuelo
 su memoria.

¡Oh, mundo! Pues que nos matas...

I

¡Oh, mundo! Pues que nos matas,
fuera la vida que diste
toda vida;
mas según acá nos tratas,
lo mejor y menos triste
es la partida
de tu vida, tan cubierta
de tristezas, y dolores
muy poblada;
de los bienes tan desierta,
de placeres y dulzores
despojada.

II

Es tu comienzo lloroso,
tu salida siempre amarga
y nunca buena,
lo de en medio trabajoso,
y a quien das vida más larga
le das pena.
Así los bienes -muriendo
y con sudor- se procuran
y los das;
los males vienen corriendo;
después de venidos, duran
mucho más.

Vocabulario

abajarse: tr. bajarse. De basseu.

acordado: participio adjetivo, recordado. Del b. lat. accordre.

acorrer: tr. socorrer, auxiliar. Del lat. accurre.

achacoso: adj. riguroso, excesivo en la acusación. De achaque.

aforrado: participio adjetivo, forrado. De aforrar, poner forro.

afrenta: f., apuro, aprieto, peligro que puede atraer deshonra. Del lat.

frontem.

ahumada: participio adjetivo, señal hecha con humo. Usase frecuentemente con el verbo hacer. De ahumar.

al: sustantivo neutro, otra cosa. Del lat. aliud.

albarrana (cebolla): adj., planta medicinal cuyo bulbo, muy amargo, es semejante al de la cebolla común. Voz árabe que significa silvestre, montés.

albollón: m., albañal. Del lat. alvelum.

alcatifa: f., alfombra. Voz árabe.

alcrebite: m., azufre. Del ár. alquibrit.

aleve: f., alevosía. Del gót. levjan, traicionar.

amatado: participio en función verbal, apagado, extinguido. De amatar.

aprieta: adv., aprisa. De a + prieta.

arcaduz: m., cangilón de noria. Del ár., caduḡ, y este del gr. vaso.

arreo: m., atavío, adorno. De arrear, adornar y también equipar, proveer.

arte: amb., habilidad, maña // artería, fraude. Del lat. artem.

artero: adj., mañoso, astuto (sin el matiz peyorativo de hoy). De arte.

asentar: intr., sentarse. De a + sentar.

atacar: tr., atar, abrochar; atacarse; ser atadas. Úsase hoy en Andalucía con la significación de atarse o abrocharse los calzones. Del lat. *attacare*.

atender: tr., esperar. Del lat. *attendre*.

aterrar: tr., echar por tierra, derribar, postrar. De *a* + *tierra*.

alandrán: m., vestidura talar con mangas. Del b. lat. *balandrna*.

ando: m., bandería, partido. Del lat. *bandum*.

arrera: f., parapeto. De *barra*.

ienquerencia: f., buena voluntad, cariño. De *bienquerer*.

rial: m., especie de túnica usada por hombres y mujeres. Del ant. fr. y prov.

blialt.

cabo: m., lado, parte extrema // fin // en cabo de: al extremo de. Del lat.

caput.

calzas: f. Las calzas eran una prenda de vestir que cubría la -139- pierna y el muslo; las calzas atacadas (como las que nombra Manrique) se unían a la cintura por medio de agujetas; las medias calzas, (llamadas después medias) ceñían solamente la pierna. Del lat. *calcum*.

candela: f., vela // lumbre. *Estar con la candela en la mano*: hallarse próximo a morir el enfermo. Del latín *candlam*.

casquete: m., pieza de la armadura que defendía el casco de la cabeza. De casco.

catar: tr., procurar. Del lat. *captre*.

caudal: adj., caudaloso, principal. Díjose también *cabdalero*. Del lat.

capitlem.

cava: f., foso. Del lat. *cavam*.

cierto: adv., ciertamente. Del lat. *certum*.

claro (de): m. adv., de parte a parte.

cobrar: tr., adquirir, ganar // recuperar, volver a poseer // tratándose de afectos, empezar a sentirlos. Del lat. cuperre.

cobro: m., remedio. De cobrar.

cometer: intr., empezar. Del lat. committre.

comportar: tr., soportar, tolerar. Del lat. comportre.

cumplido: participio adjetivo, cabal, perfecto. De cumplir.

condestable (aquel gran): Don Álvaro de Luna, célebre favorito de don Juan II, decapitado en Valladolid en 1453.

consintiente: p. a., quien consiente. De consentir.

coro (estar de): m. adv., ser muy sabido. Del lat. cr, ánimo.

corredor: m., batidor, explorador, centinela avanzado. De correr.

cuento: m., cómputo, cuenta, cálculo; alto sin cuento incalculablemente alto.

De contar.

cuero: m., piel. Del lat. corium.

cumplir: intr., convenir, corresponder. Del lat. complere.

curar: intr., cuidar, preocuparse. Del lat. curre, cuidar.

cuyo so: aquel a quien pertenezco.

chapado: participio adjetivo, adornado, guarnecido // recubierto, defendido. De chapar.

de: véase tener de.

defensar: tr., defender. Del lat. defensre.

deliberar: tr., resolver, determinar. Del lat. deliberre.

demandar: tr., pedir, rogar. Del lat. demandre.

deporte: m., solaz, recreación, esparcimiento. De deportar.

desgrado: m., desagrado, disgusto. De desgradar, desagradar.

desigual: adj., excesivo, extremado. De des (negación) + igual.

desque: adv., desde que // cuando. Contrac. de la prep. desde y la conj. que.

dudanza: f., duda. Del lat. dubitanta.

dueña: f., mujer. Del lat. dominam.

el: art. fem., la. En la Edad Media el artículo femenino era ela. Si el

sustantivo siguiente comenzaba por vocal, dicho artículo -140- perdía la a:

el(a) alcándara, el(la) espada; así se ve aún en Garcilaso (el altura, Egl. I,

v. 44); si empezaba por consonante, perdía la e: (a) la villa. Hoy pierde la a

sólo ante nombres que empiezan por vocal tónica, los cuales conservan su género

femenino: el(a) alma.

embebecido: participio adjetivo, enajenado, embelesado. De embebecer.

empecer: tr., impedir, dificultar, obstar. De empedecer y este del b. lat.

impedescre.

enamorada: participio sustantivo, amor, enamoramiento. De enamorar.

engorrarse: intr., detenerse, retardarse. De en + gorra.

Enrique (don): Enrique IV de Castilla (1454-1474), hijo de Juan II.

enrique: m., moneda de oro acuñado por Enrique IV.

ensomo: adv., encima. De en + somo. Véase somo.

entender: tr., tener intención de hacer algo // advertir, darse cuenta //

pensar, figurarse. Del lat. intendre.

escala vista (a): m. adv., hacer el escalamiento de día y o la vista de los

enemigos.

escote: m., cantidad que le corresponde pagar proporcionalmente a cada uno. De

esotar.

esmerado: participio adjetivo, puro, limpio. De esmerar.

espingarda: f., cierta escopeta muy larga. Del árabe springan.

estado: m., clase o jerarquía social. En la Edad Media la sociedad se jerarquizaba en estados, como puede verse por la significación colectiva de los personajes que actúan en la Danza de la Muerte, y aun en obras posteriores como Lazarillo de Tormes.

estrena: f., obsequio, recompensa. Del lat. strenam.

excusación: f., excusa, disculpa. Del lat. excusatinem.

fabrido: adj., bruñido, resplandeciente. Del lat. fabritus.

fallescere: intr., faltar, acabarse. Del lat. fallescre.

fuerte (lo más): adj., lo más resguardado del castillo. Del lat. fortem.

galardón: m., premio, recompensa. Del germ. wilarlón.

grado: m., gusto, agrado // voluntad. Del lat. gratum.

grado: m., lugar, estado. Del lat. gradum.

graveza: f., pesadez que obsta. De grave.

guardar: tr., custodiar. Del sustantivo guarda y este del germ. warda.

guarecer: intr., sanar. De quarir y este del germ. warjan.

guarido: participio adjetivo, sano, restablecido. De guarir.

guarir: intr., salvarse // tr., proteger, del germ. warjan.

guisa: f., modo, manera. Del germ. wisa.

haber: tr., tener // intr., hallarse, encontrarse. Del latín habere.

-141-

hadado: participio adjetivo, hadado, predestinado. De hadar.

halaquero: adj., halagüeño, halagador. De halago.

hermandad: f., La Santa Hermandad, tribunal con jurisdicción propia, entendía en los delitos que se cometían fuera de poblado.

hermano el inocente (su): Don Alfonso, hermano de Enrique IV, que fue proclamado rey por los enemigos del monarca; pero murió poco después a los catorce años de edad, en 1468. Los Manriques se contaban entre sus prosélitos.

hermanos (los otros dos): El maestre de Santiago, don Juan de Pacheco, y su hermano el maestre de Calatrava, don Pedro Girón (tan prosperadas como reyes).

Dice los otros dos porque antes ha recordado a los tres infantes de Aragón (estrofa XVIII) y a su hermano el príncipe Alfonso (XX).

hermanos (sus): Hermanos de don Rodrigo eran el poeta Gómez Manrique (le sobrevivió catorce años), Diego Manrique, Pedro Manrique y Garcí Fernández Manrique. El Maestre hizo testamento en su palacio maestral el 21 de octubre de 1476, ante su secretario Gómez de Merodio, y estuvieron presentes su hermano Garcí Fernández Manrique, su sobrino Luis Manrique, el doctor Francisco Núñez, el bachiller Pedro de Toledo, el mayordomo Garnica y otros familiares. El 4 de noviembre agregó un codicilo a la vista de su hermano Garcí, de su camarero Francisco Sandoval, del contador Pedro de Mórda y del ya antes mencionado Garnica.

hijos (sus): Hijos de don Rodrigo Manrique eran: don Rodrigo (muerto en 1477), don Pedro, segundo conde de Paredes (poeta) y don Jorge (autor de las célebres Coplas).

igualdad: f., justicia, equidad. Del lat. *aequalitem*. Véase voluntad.

imos: intr., vamos. Del lat. *imus*.

impugnable: adj., inexpugnable, invencible. De *impugnar* y este del lat.

impugnre.

inicio: m., principio, comienzo. Del lat. *initium*...

Infantes de Aragón (los): don Enrique, don Juan y don Pedro, hijos de don Fernando I el de Antequera, castellano que fue rey de Aragón entre 1412 y 1416.

jaez: m., cualquier adorno que se pone a las caballerías // jaez o medio jaez:

el atavío de cintas con que se trenza la crin o la mitad de la crin. Del ár.

chachez, aparato.

Juan (el rey don): don Juan I de Castilla (1406-1454).

jura: f., promesa solemne. De jurar.

juzgador: m., juez. De juzgar.

lanzado: participio adjetivo, lanceado, alanceado. De lanzar.

librado (ser): tr., recibir libranza u orden de pago. De librar.

lucio: adj., luciente, brillante. Dícese de los animales gordos y -142- de buen pelo. Del lat., lucidum.

lorar de los ojos: frase pleonástica usada ya en la epopeya francesa y en la española.

maestre: m., jefe de una orden de caballería (Santiago, Alcántara, Calatrava, Montesa, Malta). Del latín magistrum.

mandado: m., mandado, orden. De mandar.

maña: f. habilidad, destreza. Del lat. manum, mano.

Martín (San): Este, como los otros beatos y santos que aparecen en las Coplas a una beoda... San Martín de Valdeiglesias (Madrid), Madrigal de las Altas Torres (Ávila), Villarreal (Castellón), Yepes (Toledo), Coca (Segovia), Luque (Córdoba), Baeza y Úbeda (Jaén), son lugares célebres por sus buenos vinos.

mas: conj. advers., pero, sino. De maes y este del lat. magis.

matar (la luz o el fuego): tr., apagar. Del lat. mactre.

membrar: tr., recordar. Del lat. memorre.

mesura: f., discreción, cortesía. Del lat. mensram.

mote: m., lema caballeresco. Del fr. mot.

mover: intr., ponerse en marcha, irse // tr., proponer.

mudarse: ref., cambiar. Del lat. mutre.

mujer (su): Doña Elvira de Castañeda, que acompaña a don Rodrigo en el momento de su muerte, era su tercera mujer y había casado con el Maestre en 1469. A. de Palencia, en la Crónica de Enrique IV (II, 215): dice que ya anciano, pero con vigor y robustez juveniles, casó. Insiste luego en la avanzada edad de don Rodrigo (III, 272): ya viejo, volvió a casar. La segunda esposa del Conde de Paredes, doña Beatriz de Guzmán, casó con él antes de 1446 y se tienen noticias de ella hasta 1452. La primera, doña Mencía de Figueroa, madre de don Jorge, había muerto antes de 1465.

oramala: adv. de m., enhoramala. Aféresis y contracción de en hora mala.

ocasión: f., daño grave. Del lat. ocassinem.

olvidanza: f., olvido. De olvidar.

ar Dios: loc. interj., por Dios. De par, apócope de para y Dios. Por eufemismo dicese pardiez. Del lat. per Deum.

aramento: m., adorno con que se recubre algo. Del lat. paramntum.

ararse: intr., ponerse, volverse, quedarse, convertirse. ¿Cuál se para? ¿Cómo queda? ¿En qué se convierte? Del lat. parre.

parecer: intr., aparecer, mostrarse. Del lat. parescre.

artido: m., trato, convenio, concierto. De partir.

asión: f., padecimiento // ardor, vehemencia // amor. Del lat. passinem.

echar: tr., pagar pecho o tributo. Del lat. pactre.

enado: participio adjetivo, penoso, lleno de penas. De penar.

eña: f., piel. Del lat. penna, pluma, y pinna, almena. Manrique: -143-

conceptista, juega con las dos acepciones del vocablo. // peña, f., cerro,

monte. Del lat. pinna, almena. Consúltese visión.

errochano: parroquiano. Del lat. parochiam.

ostura: f., pacto, convenio, compromiso. Del lat. positram.

oyo: m., banco de piedra, ladrillo u otra sustancia semejante, generalmente

intransportable y construido junto a un muro. Del lat. podium.

render: tr., tomar, recibir. Del lat. prehendere.

risiones: f., cadenas, grillos. Del lat. prehensinem.

rivado: m., quien priva o disfruta de privanza (primer lugar cerca de alguien).

Del lat. privtum.

rosperado: particip., adj., rico, poderoso. De prosperar.

unto: m., instante. Del lat. punctum.

queda: adj., quieta. Del lat. quitam.

razón: f., palabra con que se expresa el pensamiento. Del lat. ratinem.

remontado: participio adjetivo, alto, sublime. De remontar.

repollo: m., brazado de ramas. De repollar y este de repullulre, echar hojas,

pimpollos, ramas.

resolver: intr., tornar, retornar // cambiar, mudar. Del lat. resolvere.

revuelto: adj., mezclado // intrincado. Del lat. revoltum.

rey (natural, verdadero): don Rodrigo sirvió como reyes naturales y verdaderos

al infante Alfonso y a los Reyes Católicos.

rocegante: adj., rozagante, que roza, que arrastra. De rocegar.

ecreto: adj., reservado. Del lat. secrtum.

eñoríos: La Crónica General, conocida de Manrique según puede verse en el canon

de emperadores a que se ajustan las estancias XXVII y XXVIII de las Coplas, estudia los seis diferentes señoríos que tuvo España.

ervil: adj., humilde, bajo. Sinónimo de incivil en su acepción de grosero, vil.

Del lat. servilem.

eso: m., sentido // discreción. Del lat. sensum.

obrado: participio adjetivo, rico, excelente. Del latín superre.

obrar: tr., exceder, sobrepujar. Del lat. superare.

obre: prep., en prenda de // después de. De sobrar.

obredorado: m., ficción o paliativo con que se disimulan o se pretende disimular malos dichos o malas acciones. De sobredorar.

omo: m., encima. Del lat. summum.

on: m., manera, modo; en tal son: adv., de tal manera. Del lat. sonum.

tablero (poner la vida al): frase proverbial, jugarla, arriesgarla.

tajada: participio adjetivo: «Dícese de la costa, roca o peña -144- cortada verticalmente y que forma como una pared» (Academia). De tajar, dividir con instrumento cortante.

tan: adv. c., tanto. Apócope de tanto y este del latín tantum.

temeroso: adj., que causa temor, temible. De temer.

tener (tiempo): tr., emplearlo, gastarlo.

tener de (seguido de infinitivo): haber de, con sentido de resolución o necesidad irrecusables. Tener que significa obligación.

tocar: tr., probar, experimentar. Acaso de la raíz onomatopéyica toch. Véase toque.

tondido: participio adjetivo, golpeado, aporreado, azotado // tundido, pelado, trasquilado. De tondir y este del lat. tundre, trasquilar.

toque: m., prueba, experiencia. Postverbal de tocar. Véase tocar.

tornada: participio adjetivo, vuelta, regreso. De tornar.

torrontés: m., vino hecho con uva torrontés. Refrán: La uva torrontés / ni la comas ni la des: / para vino buena es.

trago: infortunio, adversidad. De tragar.

trasponer: tr., esconder, ocultar. Del lat. transponere.

tristura: f., tristeza. De triste.

trovar: tr., componer trovas o versos. En otras lenguas romances (provenzal y catalán): trobar; en francés: trouver.

usado: participio adjetivo, acostumbrado, habituado. De usar.

valer: tr., amparar, proteger. Del lat. valere.

vedija: f., vellón de lana o pelo. Del lat. vitellium.

vela: m., centinela nocturno. De velar y este del latín vigilare.

vencida: participio sustantivo, vencimiento, derrota. De vencer. Usase hoy en la expresión a la tercera va la vencida.

vida tercera: Manrique considera tres vidas: 1ª, la temporal y perecedera; 2ª, la de la fama (mejor que la otra, aunque tampoco es eternal ni verdadera); 3ª, la perdurable, eterna, de la fama, concepción grecolatina, recrudesció en el Renacimiento. Recuérdense los Trionfi de Petrarca.

visión: f., imagen visual // objeto cuya vista causa espanto. Del lat. visio.

Manrique, conceptista, juega con las dos acepciones del vocablo. Véase peña.

vista (una): f., una simple mirada. De visto.

voluntad: f., una simple mirada. De visto.

voluntad: f., arbitrariedad, capricho. Manrique contrapone voluntad e igualdad.

Véase igualdad.

volverse: r., cambiar, trocarse. Del lat. *volvre*.

vuelo (a chico): fr. adv., prontamente.

vuelto: participio adjetivo, revuelto, mezclado. De volver.

yervas secretas: veneno oculto.